punto
de partida

Sin título, Claudia Benítez Duarte, premio de fotografía en el Concurso 33 de *Punto de partida*

PRESENTACIÓN 7

DEL ÁRBOL GENEALÓGICO 9
Por el camino de Luz (cuento) / Eugenia Revueltas

CONCURSO 32 DE PUNTO DE PARTIDA 13
PRIMERA ENTREGA

Indulto (fragmento de novela) / Carla Patricia Quintanar 14

Sin título (cuento breve) / Édgar Pacheco Martínez 21

Esplendente a ratos (poesía) / Hugo García Manríquez 22

Sobre *Buried Child* de Sam Shepard (ensayo) / Hugo Arrevillaga 26

El principio, lo que sigue y el final (teatro) / Julián Fernández 32

Sombras nada más... (fotografía) / Isabel Chavarría 44

Pérdida de la sustancia necesaria (viñeta) / Mario Maldonado 50

EL RESEÑARIO 56
Tres para llevar (recomendaciones) / Andrés Acosta

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Ignacio Solares
Coordinador de Difusión Cultural

Malena Mijares
Directora de Literatura

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 113, mayo-junio 2002

Edición: Carmina Estrada
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño: Rafael Olvera
Ilustración para este número: Carmen Gayón
Fotografía de portada (detalle): Claudia Benítez Duarte

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico:
cestrada@correo.unam.mx

La Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM retoma la edición de la revista *Punto de partida* e inicia así la sexta época de una publicación ya tradicional entre los estudiantes de nuestra Universidad. *Punto de partida* nace en 1966, en momentos convulsos particularmente para los jóvenes, de las manos de Margo Glantz y Gastón García Cantú. Surge, en palabras de este último, "para que los estudiantes tuvieran una revista propia, en tiempos marcados por la intolerancia". En la actualidad las intolerancias son otras, o quizá las mismas con máscaras distintas, pero la necesidad de los jóvenes de sentir como propio un espacio sigue y seguirá vigente. *Punto de partida* es precisamente ese espacio de expresión de los estudiantes, el puerto del que han zarpado nombres que reconocemos hoy en el quehacer literario y gráfico de México. Muchos, esperamos, serán también los que partan con nosotros desde esta nueva época.

Fiel al espíritu plural que la ha cobijado por más de siete lustros, la revista se abre a colaboraciones estudiantiles en general, provengan de la UNAM, nuestra casa, o de universidades del Distrito Federal, provincia o, por qué no, de otros países de habla hispana, en el entendido de que la literatura y la gráfica son lenguajes universales, y de que el conocimiento de los otros es un factor indispensable en la lucha contra la intolerancia.

Una de las actividades primordiales de este proyecto es el concurso anual que, como la revista, ha sido semillero de escritores y artistas gráficos. En este número compartimos con nuestros lectores una primera entrega de los trabajos premiados en el Concurso 32; presentamos aquí los ganadores en seis categorías: fragmento de novela, cuento breve, poesía, ensayo, teatro y viñeta, y el trabajo acreedor de mención en fotografía. Los demás galardonados se publicarán en una segunda entrega y posteriormente seguiremos con los ganadores de nuestro Concurso 33, del que hemos tomado una de las fotos premiadas para ilustrar la portada.

Además, hemos querido abrir con una sección que tendrá un carácter más o menos fijo en los siguientes números, a manera de presentación de cada uno. Me refiero a Del árbol genealógico, un regalo para las nuevas generaciones de parte de escritores que tuvieron mucho con ver con esta revista en otras épocas. Es el caso de "Por el camino de Luz", cuento de Eugenia Revueltas, una de las principales impulsoras de *Punto de partida* en los años setenta, con el que inicia este número.

Valga pues esta nueva etapa de la revista como un reconocimiento dual: por un lado, al trabajo creativo de nuestros jóvenes, que tuvieron y tendrán a su cargo la grata labor de llenar estas páginas, y por el otro, a aquellos que timonearon, a veces a contracorriente, sus épocas precedentes. Con ellos brindamos hoy por el nacimiento de esta sexta época. Esperamos que sean ustedes, lectores, los que marquen con sus colaboraciones el rumbo de este *Punto de partida*.

Malena Mijares
Directora de Literatura

PUNTO DE PARTIDA
1
Revista de los estudiantes universitarios
PUNTO DE PARTIDA
2
Revista de los estudiantes universitarios
PUNTO DE PARTIDA
3
PUNTO DE PARTIDA
4
Revista de los estudiantes universitarios
PUNTO DE PARTIDA
5
Revista de los estudiantes universitarios
PUNTO DE PARTIDA
6
Revista de los estudiantes universitarios
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
80
PUNTO DE PARTIDA
POESIA
CUENTO
TEATRO
VIÑETA
SOS
81-82
PUNTO DE PARTIDA
83
POESIA · CUENTO · ENTREVISTA · VIÑETA
PUNTO DE PARTIDA
84
PUNTO DE PARTIDA
85
REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
$ 5,000.00
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
años
100
PUNTO DE PARTIDA
PUNTO DE PARTIDA
Punto
105
Once premios de artes y letras
Punto
106
Punto
Punto
undostresund
Punto
Máquinas Gráficas
Los abigados del Diablo
¿En qué época te gustaría vivir?
Encuesta universitaria
punto

Por el camino de Luz

Eugenia Revueltas

Para Héctor Valdés

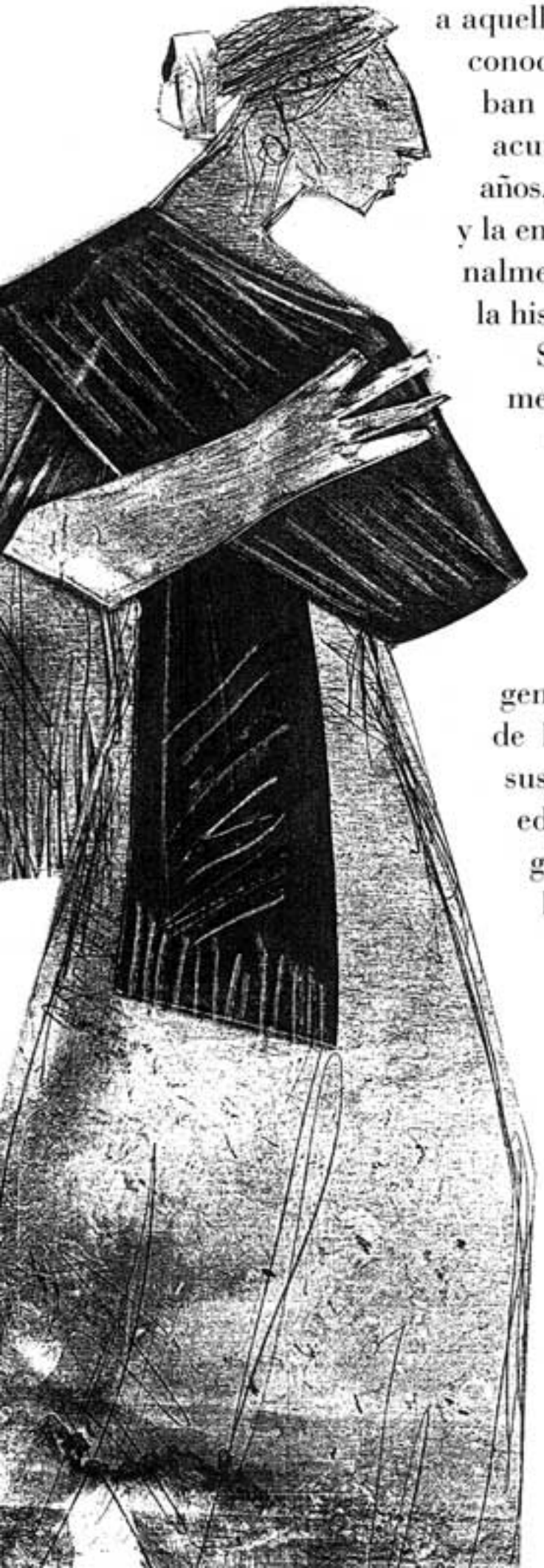
Siempre quise contar su historia pero una red de silencios me lo impedía. ¿Cómo contar su historia, si no tenía de ella sino la visión fugaz de una fotografía que al estar contemplando un álbum de familia rápidamente trataron de escamotearme? "¿Y ella quién es?". El gesto evasivo, fastidiado. Ella es... La imagen, a regañadientes concedida, mostraba a una mujer alta, muy morena, vestida provincianamente y rodeada de los desangelados edificios de Los Ángeles. Las páginas del álbum que padecieron un súbito y nervioso arrebato me la ocultaron y no supe más. No dejó de llamarme la atención la extraña supresión de la imagen y de las reticentes palabras, anuladas por una catarata de expresiones. "Mira, aquí está Fulanito". "Y aquí Zutanito". "Allá la fiesta de Zutanejito". Tan artificiosa y desagradable era la situación que me hizo pensar en la presencia de un enigma.

¿Cómo contar esta historia, si hasta en una ocasión en que yo, sinuosamente, traté de saber más de ella fui parada en seco? "¿Por qué quieres contar su historia? ¿Por qué no haces un cuento sobre mi vida? Todo lo sabes de mí". Y yo reflexionaba en que nadie sabe todo pero además, en la medida que se sabe, tal vez se sepa menos ¡o peor! me dé pereza saber; pero cuando un ser humano es capaz de provocar esta suerte de terror pánico ante la sola posibilidad de que alguien fuera del entorno familiar sepa de ella, entonces tal vez por una perversa curiosidad me vea obligada a perseguir su historia.

Hubo una frase que me incitó más a saber de ella: "¡Era una naca ranchera aborrecible!". ¡Era una naca, ranchera, aborrecible! Sé del uso descalificador con el cual ellos usan el término *naco*. Sé que para ellos significa: "pobre, moreno, provinciano", que los así designados no comparten sus conservadores ideales políticos. Naca naca naca, si eres un naco no tienes derecho a la existencia, y qué mayor desgracia que estar, aunque sea de lejos, emparentados con él.

Pasaron los meses y yo seguía obsesionada por la imagen silenciosa y atrayente de aquella mujer tomada desde la distancia, tal vez para que no se viera mucho, en un barrio de Los Ángeles. Después de unas tentativas por saber de ella, supe que había sido maestra rural, que nacida en las planicies áridas, soleadas y desérticas de Gómez, había emigrado a la cuenca del Papaloapan. De alguna manera esas señales que, como las que se suelen colocar en medio de los caminos nos sirven para guiarnos y no perdernos, me permitían imaginar por qué había huido o salido de su tierra natal para irse a un mundo tan distante y ajeno como el sur del país. Un día, uno de ellos me dijo: "Por favor, no intentes saber más. Te prohibo, te suplico que no preguntes". Después de esto me sentía amarrada, coercionada, agredida. ¿Por qué me prohibía contar tu historia, si yo creo que detrás del silencio que te circunda hay una historia ejemplar? Ellos se fueron y así no tuve a nadie más a quién preguntarle la historia de la mujer vestida de blanco. Pero un día el hijo de ellos me dijo que salía al pueblo pues su abuela estaba agonizando.

La historia de la mujer de blanco, de esa que yo había aprendido a querer porque tal vez se parecía



a aquellas humildes mujeres que conocí, maestras que entregaban amorosamente su saber acumulado a través de los años, del sufrimiento, del amor y la entrega a una vocación. Finalmente, llegó a mí parte de la historia de sus postrimerías.

Sólo durante los últimos meses de su vida había estado enferma, pues tenía fama de ser como un viejo roble o como una ceiba de poderosas raíces y extendido ramaje, bajo cuya sombra generaciones y generaciones de habitantes del pueblo y sus cercanías, habían sido educados por ella. A lo largo de muchos lustros habían encontrado en Candelaria el consejo, la fuerza, el coraje, el regaño o la imprecación y aun los coscorrones que los llevarían por el camino adecuado. La gente del pueblo la fue viendo envejecer, jamás faltó a clases, jamás dejó sin enseñanza al más tonto o al más marginado. Se dice, ahora lo sé, que aun aquellos niños enloquecidos por la luna, aquellos cuya alma se fue caminando por los estrechos senderos de un sueño, aquellos que representaban una carga para sus padres, ella sentada a la puerta de su casa por las tardes, cuando el sol del ocaso en el verano convertía todo en un maravilloso infierno de oro, tomaba la mano de esos niños y los hacía escribir en las viejas pizarras las siempre antiguas y útiles palabras: madre, hambre, sueño, dolor, felicidad; felicidad, dolor, sueño, hambre, madre. Un día, aquella mujer como torre, aquella mujer vestida de blanco ya no se pudo levantar, pero tenía ahí cientos de hijos que se ocuparon de ella, la llevaban a vivir a sus casas, le pedían que contara historias, y ella que los conocía a todos, complacía.

Llegó el día de su muerte y ese día también llegó el hijo de ellos. El nieto de mamá Candelaria había llegado y todos en el pueblo se peleaban el honor de tenerlo en su casa. Él no podía creerlo. Había crecido con la idea de la inferioridad y maldad de la abuela y no se explicaba que todo el pueblo la amara. La música sonó toda la noche, el féretro llevado en hombros recorría todas las casas del pueblo, donde el joven oía relatar tantas y tales historias de los prodigios que a lo largo de cincuenta años había llevado a cabo mamá Candelaria, que un profundo sentimiento de rebeldía contra los prejuicios de una educación clasemediera que lo habían marcado para siempre, salió a la superficie en esa noche de su propia Epifanía.

Dicen que dicen que, como Candelaria había recorrido en su cayuco todos los meandros del río, las gentes del pueblo tomaron su féretro y lo subieron a una barca que toda cubierta de luces y flores blancas fue recorriendo durante la anochecida los viejos caminos de Candelaria. Allí iba acompañada de sus más viejos y nuevos alumnos, esos que la habían seguido durante su vida y que ahora la acompañaban en su muerte. Cómo saber lo que ya nunca sabré si no es imaginando el dolor del alejamiento del hogar, de aquel horizonte de espacios abiertos, del sutil murmullo de los cenicientos árboles que bordean los canales del río; el encuentro con un nuevo mundo en el que descubrió una nueva y gran familia, nuevas voces de pájaros, nuevos árboles, bosques, meandros de ríos en los cuales alguna vez se perdió y el horizonte cerrado y verde de la selva tropical. Me dicen que un día en esas catastróficas inundaciones que se suelen producir en la cuenca del Papaloapan, quedó apresada en un cayuco por más de cuatro días en compañía de su hijo el pequeño. Me cuentan que nunca pudo curarse de las fiebres tercianas que aquella aventura le causara. Cómo contar otros dolores, otras soledades, otros amores perdidos. Dicen, por lo menos así cuenta la tradición, que cuando uno se va a morir recuerda lo más profundo y entrañable que a lo largo de su vida ha ido atesorando en esa caja, que puede ser de Pandora, que son los recuerdos. Tal vez ella saboreaba en medio de la noche las nieves del kiosko en Lerdo, tal vez ella tomaba de la mano a su hijo mayor e imaginaba que le explicaba por qué había tenido que huir hacia el sur; tal vez soñaba con romper la amarga frontera de resentimientos entre ella y el hijo abandonado; tal vez sintió envidia del destino de su hermana, mucho más placentero que el de ella. Pero quiero imaginar que valiente como era, aceptó su destino sin quejarse, sin nostalgias ni remordimientos absurdos, cobijada en un amor que aunque sucedáneo la colmaba. Cuentan que a veces en el aula de la escuela resuena la voz de Candelaria y una calma bienhechora envuelve el silencio murmurante de la honda manigua de la cuenca. Ⓟ

PUNTO
DE PARTIDA

PUNTO
DE PARTIDA

PUNTO DE
PARTIDA

Punto de partida

punto
DE PARTIDA

punto de partida

Concurso 32

Primera entrega

Indulto / Premio de fragmento de novela
Carla Patricia Quintanar Ballesteros, Maestría en Ciencias de la Educación,
Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Querétaro
Jurado: Óscar de la Borbolla, Norma Garza y Alejandro González Acosta

Sin título / Premio de cuento breve
Édgar René Pacheco Martínez, Letras Clásicas,
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Jurado: Beatriz Escalante, Salvador Castañeda y Armando Pereira

Esplendente a ratos / Premio de poesía
Hugo Enrique García Manríquez, Letras Hispánicas,
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Jurado: Juan Domingo Argüelles, Nelly Keoseyán y Elena Tāmargo

Sobre Buried Child *de Sam Shepard* / Premio de ensayo
Hugo Fernando Arrevillaga Serrano, Actuación,
Centro Universitario de Teatro, UNAM
Jurado: Óscar de la Borbolla, Norma Garza y Alejandro González Acosta

El principio, lo que sigue y el final / Premio de teatro
Julián Fernández Ayala, Colegio de Ciencias y Humanidades plantel Sur, UNAM
Jurado: Rosina Conde, Antonio Crestani y Alegría Martínez

Sombras nada más... / Mención de fotografía
Isabel Chavarría Salinas, Violoncello, Escuela Superior de Música, INBA
Jurado: Rogelio Cuéllar, Olivia González y Héctor de la Garza (EKO)

Pérdida de la sustancia necesaria / Premio de viñeta
Mario Maldonado Reyes, Artes Visuales, Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM
Jurado: Rogelio Cuéllar, Olivia González y Héctor de la Garza (EKO)

Indulto

Carla Patricia Quintanar
Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Querétaro

Todas las partes de la casa están muchas veces, cualquier lugar es otro lugar. No hay un aljibe, un patio, un abrevadero, un pesebre; son catorce (son infinitos) los pesebres, abrevaderos, patios, aljibes. La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo.

Jorge Luis Borges, *La casa de Asterión*

El paseíllo

Llevamos cuarenta y ocho horas escuchándolo, aunque al principio vivíamos separados y tú no me conocías. El primer segundo descorrió tus párpados de acero, izados desde la tramoya de un sueño inquieto y sin disolver. Tu habitación surge colmada de oscuridad espectadora y un fondo de campanas llamando a misa de gallo, pero eso no fue lo que te despertó. Tampoco la sensación primeriza de que estabas acompañado. El repique cesó y tus oídos se ajustaron a la noche, el ruido se hizo reconocible: uñas rascando la piedra. Pensaste que eran ratas trasnochando en el sótano, pero entonces habitabas en un piso segundo y el inferior permanecía desocupado desde que su inquilino se suicidó. Para recordar ese hecho fue necesario que la calle te trajera el sonido de una puerta cerrándose de golpe y un motor que se alejaba con furia. Encendiste la luz y a buscar: entre las cortinas, en el clóset y tras la puerta; fue necesario que te aquietaras para concentrar la audición y descubrir que el murmullo venía de abajo, te arrastraste con el oído pegado al suelo, tus pesquisas desembocaron junto al tocador. En efecto, uñas rascando la piedra. Tu puño golpeó, el sonido se detuvo, luego reinició con más fuerza, golpeas de nuevo y nada.

Estuviste tirado un rato, tratando de interpretar el ritmo de la excavación, parecía un trabajo con finalidad precisa, lo supiste por la cadencia de los arañazos. Por la mañana irías a investigar. Al incorporarte, tu rostro se acopló al espejo del tocador, el reflejo te miró con extrañeza.

De vuelta en la cama y con la luz extinta, no podías dormir, los rasguños persistían, amplificados por el megáfono del silencio que siguió al hallazgo, el universo parecía pendiente del sonido, respetuoso de esa labor velada, acontecida en algún lugar bajo tu casa. Y por qué justamente ese día, por qué se manifestaba esa madrugada previa a tu competencia. Necesitabas descansar para estar fresco, no cualquiera llega a las finales. Pero un estúpido ocurrente se ponía a excavar a esas horas, y además la sensación de que alguien te observa. No te equivocabas.

Ideas extranjeras manoseaban el cielo raso. Las cabezas de tus compañeros de equipo se insinuaron, como esferas volátiles distribuidas alrededor de tu cuerpo tendido; el campo de pruebas recubrió la habitación. De pronto corrías dentro del cubo con la jabalina apuntando hacia los rostros que te vigilaban desde afuera, gigantes jugando a tirar el dado, el campo daba tumbos y tú tenías que lanzar pero no encontrabas un punto de apoyo, al fin el dado se detiene y descansa en una de sus caras, arrojas la jabalina pero en el aire se vuelve una cinta que gira en espirales hasta caer lán-

guida junto a uno de los vértices. Tus compañeros se burlan y vuelven a tirar el dado. Rebotas de una pared a otra.

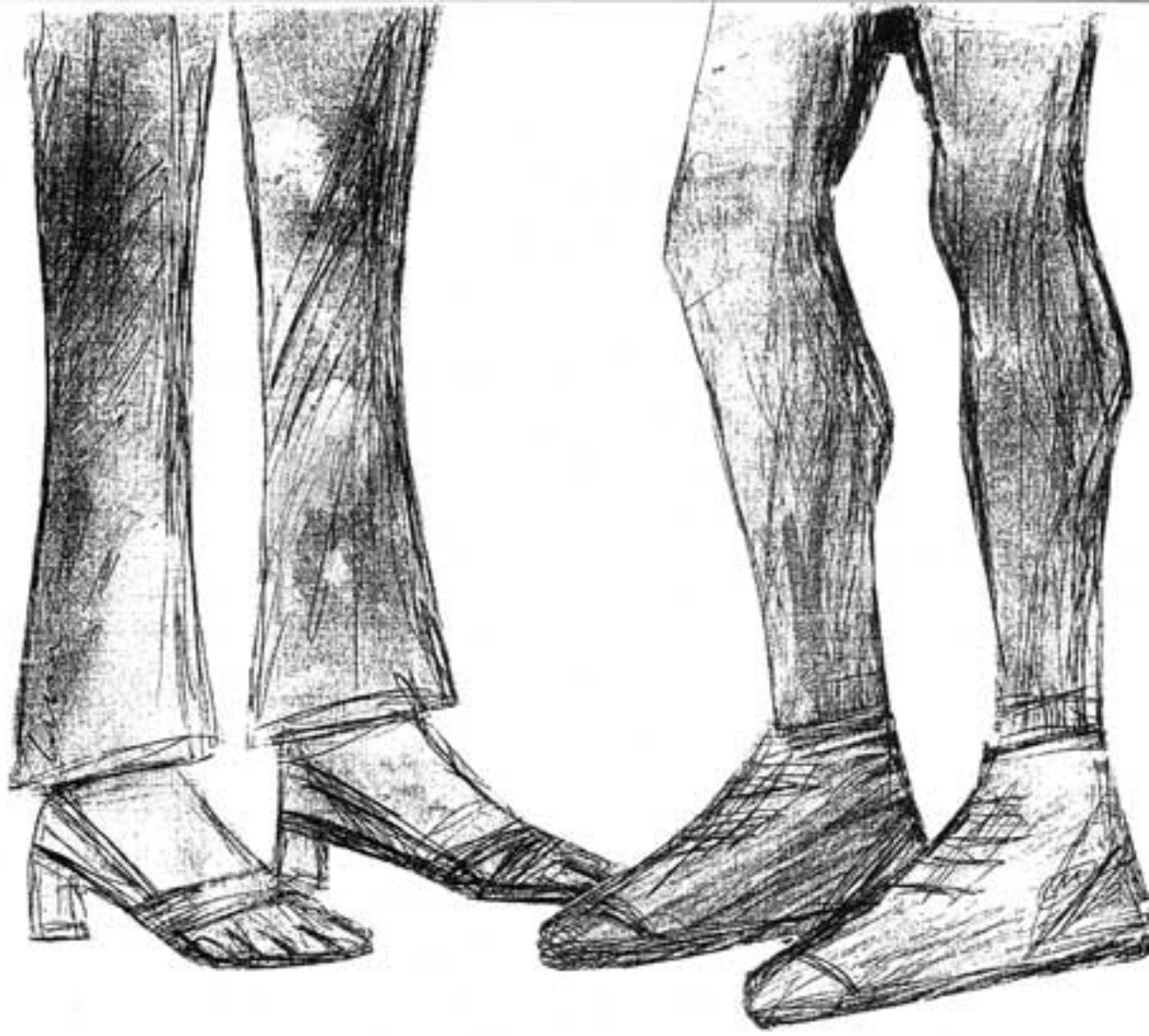
Despertaste de un sobresalto, la luz se clavó en tus pupilas, las seis de la mañana enrojecida en los tres números digitales del radio despertador, y el sonido de las uñas diluido en el resumen deportivo. El próximo domingo en la plaza de toros Santa María de Querétaro. Sentías el cuerpo cortado. Cartel de lujo con toros de Teófilo Gómez. Te ardían los ojos. Los matadores Óscar San Román, El Juli y El Zotoluco. Y una angustia mezclada con la furia que hervía en tu abdomen.

La verdad es que no querías reconocer tus presentimientos, ese día yo iba a entrar en tu vida, pero te negaste a aceptarlo. Por eso tuve que recurrir al engaño fácil, una treta en la que tus sentidos parecieran involucrados. A ti sólo es posible convencerte mediante la estimulación sensual. La única manera de que me reconocieras era entrando en tu memoria a manera de recuerdo, como una figura que tu mente pudiera registrar.

Por esta calle las prisas son suaves, el tráfico es fluido, la gente se mira a la cara y las ventanillas de los autos permanecen abajo. Atravieso la avenida, trepo por la malla ciclónica y me dejo caer del otro lado. Es absurdo estar en esta competencia: no me gustan los deportes.

La unidad parece una colecta de piernas y brazos desnudos. Desde las gradas centrales, observo el óvalo de la pista. Estoy aburrida. Comienzo a buscar rasgos de animales entre la multitud.

Primero aparece tu cabeza, como surgida de la tierra. Subes la escalinata con paso firme, hasta llegar a la explanada contigua al circuito de carreras. Te abres paso entre un grupo de jirafas que sostienen una vara, ellas forman un semicírculo de columnas tras de ti. El tepetate virgen cruje bajo tus pies. Avanzas hacia tu izquierda saludando a los hombres de las jabalinas, quienes ya han cerrado el círculo a tu alrededor.



Terminas el rodeo y te detienes en el centro del grupo, encorvas la espalda y agachas la cabeza, tratas de quitar el lodo que se ha pegado a la suela de tus tenis, tu planta derecha se desliza una vez y otra, hacia atrás, sobre el tepetate, por un momento tengo la impresión de que su color rojo se debe a tu descontento.

Un muchacho con cara alargada y huesuda se acerca por un costado y te da una palmada en la espalda. Finges enfurecerte y tratas de empujarlo con el hombro. Él saca la cadera hacia la izquierda; con hábil contorsión, gira el torso y los brazos hacia la derecha, de modo que pasas a un lado del medio arco formado por su cuerpo.

Das media vuelta. Ambos se saludan con un gesto de triunfo: haciendo coincidir sus palmas en el aire, las cuales producen un sonido fuerte al chocar, luego ríen y hablan, mientras el círculo de columnas va disolviéndose.

La belleza es injustificable, no existe manera de definirla, se transmuta, se apodera de los objetos y los aprisiona en su vapor, hasta que casi no podemos distinguirlos si no es nombrándolos y agregando algún adjetivo. Me atrae el poder de tu fuerza en bruto, la definición de tus músculos, sostenidos en la estructura perfecta de tus huesos, me gusta la gracia que se impregna en la pesadez de tus movimientos, la agresividad de tu columna vertebral coronada por tu cráneo enorme, que a su vez contrasta con la mirada paciente y serena de tus ojos negros, que ahora me descubren.

Despides al joven-caballo y avanzas hacia mí, la inocencia con que balanceas los brazos, le da un aire de nobleza a tus movimientos. Te sientas a mi lado, inicias la plática amparado en los diagnósticos habituales: climas y grados académicos, nombres, edades y lugar de nacimiento, ciudades, direcciones y teléfonos. Me fastidia que me abordes con esas formas, pero poco a poco reconozco los matices de tu voz, intuyo tu silencio, hasta que dejo de escuchar tus palabras y comienzo a seguir el ritmo apacible de tus mandíbulas.

Recostada sobre tu cama, acaricio la medalla que ganaste en la mañana y escucho el agua de la regadera. Trato de apoderarme de los colores y las formas de la recámara, se resisten; observo durante un rato los rombos negros de la colcha y luego cierro los ojos, no puedo recordar la figura ni el tinte. Tal vez se debe a que tú no te has adaptado a mi presencia. Desde el fondo llegan tus pensamientos arañando tu incertidumbre rocosa, ¿te disgusta que esté aquí? Porque tu invitación fue tácita, bajaste de las gradas y te seguí, guiada por la secuencia de nuestra conversación, ¿de qué hablábamos? Del sol seco que agrieta las mejillas, buena tarde, cielo despejado, manos enlazadas. Así llegamos al edificio, asediados por la mirada cortinera de la dueña. Tu cara enrojeció y ocultaste mi cuerpo con el tuyo. Entramos, tú en silencio, con la vista deambulando para no tener que mirarme; en cambio, unos minutos antes, solos por la calle, repasabas mis ojos en busca del rasgo que te indicara dónde me habías visto antes, incluso me ayudaste con el bolso, ¿Qué cargas?, ¿fierros viejos?, ¿piedras? Me reí sin responder y atravesamos al tema de las ocupaciones. Ésa había sido tu última competencia, en unos meses te gradúas, conseguir empleo o decidirte por una maestría, las opciones no te convencen; en todo caso, es seguro que tu madre retira su patrocinio y tendrás que volver con ella si no encuentras pronto la manera de evitarlo. Íbamos bien hasta que sentiste el acecho de la dueña, te avergonzó traer el bolso al hombro, por eso tu silencio y el agua fría abierta por completo, como si con eso pudieras olvidarte del asunto.

El teléfono suena, es tu madre, se nota por la insistencia, llama ansiosa por conocer los resultados de la competencia. No me atrevo a descolgar, después de todo acabo de llegar, y no creo que mi estilo sea de su agrado. Alargas el baño porque tampoco quieres hablar con ella. El agua culebrea por tu piel, similar a la ráfaga de viento que anoche subió a tu cama, justo cuando descubriste el ruido y tu desnudez, el airecillo hurgó entre las sábanas, abombó las cortinas, sintió curiosidad por los rasguños, se arremolinó sobre ellos y desapareció bajo el tocador, succionado. Hay seducciones que matan.

Sales envuelto en una bata morada, tu cuerpo es demasiado grande para ella, aguanto la risa, Crees que no me di cuenta, niñita, piensas, No es burla, es que pareces un niñote, pienso. Es demasiado tarde para decirlo, nos sentimos incómodos. No sabemos qué hacer, nos decidimos por cachondearnos. Tu bata gime al caer.

Fue fácil aceptar vivir juntos. Nos amamos con esa necesidad primaria con que se requiere el agua y el oxígeno, la pasión mutua surge del instinto de supervivencia inherente a las acciones absurdas, y es claro que ésa es la naturaleza de nuestra relación. Llevamos apenas unas horas juntos, y ya somos incapaces de vivir el uno sin el otro.

Sentada sobre tu cuerpo, resoplas, ojos concentrados en un punto inexistente, fijación del espacio robustecido por la cadencia del instinto; los rasguños incógnitos acompasan, me llegan por la espalda, agarran mis caderas y le imprimen fuerza a tus manos, el balanceo degrada lo corpóreo: atracción rechazo atracción rechazo atracción rechazo. Fin.

Te quedas quieto. Vagas por el tirol del techo, parece la maqueta de una ciudad invertida, y tú un semidiós que mira hacia arriba para contemplar su obra, ahora imaginas la escala ínfima que tendrías si fueras un habitante de esa ciudad, la perspectiva te produce

vértigo. Corres la vista hasta el vértice que está junto a la puerta del cuarto, una araña teje su red.

Te limpias el vientre con un pañuelo desechable.

–¿Qué ves cuando cierras los ojos?

–Un aro luminoso, suspendido en un plano oscuro, puntillista. Los puntos crecen; son muebles, construcciones, personas, animales, plantas...; sus estructuras originales se desdibujan conforme se acercan, cada vez más simples, cuando llegan al primer plano están compuestos de líneas sencillas: círculos, triángulos y cuadrados.

–¿Crees que es correcto?

–¿Simplificar las formas?

–Que estemos juntos. Mi madre se infarta si se entera.

–...

–¿Qué haces?

–Me voy a maquillar, ¿qué no ves?

El espejo del tocador asume mi cuerpo de la cintura para arriba, presiono el rojo contra los labios, que resalten para que se te quite lo cobarde, y una falda ajustada que apenas cubre el límite.

–¿Vas a salir?

–Sí, ¿por?

–No deberías salir tan tarde.

–¿Ya vas a comenzar a prohibirme cosas?

–Haz lo que se te pegue la gana, me vale.

–No creo.

Polvos brillantes en el escote, muy abierto, pronunciado; y sandalias de tiritas delgadas, tacón alto.

–¿Te vas a ir así? Pareces piruja.

–Pero te gusta, ¿no?

–...

–¿Vienes?

Los meseros no se dan abasto. Clavo la mirada en uno de ellos para llamar su atención. Tú das vueltas en la cama, con el sueño navajeado por los rasguños que siguen labrando abajo. El mesero se acerca ojeando mis piernas, las cruzo y él toma la orden. De nuevo el teléfono, pero no puedes escucharlo. El volumen de la música tapona mis oídos. Tu sueño herido gotea imágenes confusas: adoquines cortados en rombos, perros y caras de ángeles arrojando agua por la boca, cúpulas y torres de iglesias. Exprimo un limón en la paloma, la huella roja de mis labios se imprime en el borde del vaso, desdoblo la servilleta que el mesero dejó sobre la mesa, José María, y su número telefónico, guardo el papel en el bolso. La araña del rincón envuelve en seda un escarabajo cautivo.

Sigilosa. Lograste que el sueño espesara justo cuando entré. Acerco mi rostro al tuyo, de frente, nuestros alientos coinciden, tu respiración trae el aroma de tus deseos, huele a cirio y al agua empantanada de las flores. ¿Por qué no te gusto, Ernesto?

Mi olor comienza a impregnarse en las paredes de tu casa. La superficie abrillantada de tú gobierno rutinario luce ahora opaca y accidentada, a cada paso encuentras algo mío, una revista de modas, un par de aretes, las pinzas para depilar.

–¿A qué hora llegaste anoche?

–Qué te importa.

–Nada, pero ésta es mi casa.

–También es mía.

–¿Ah, sí?, ¿desde cuándo?

–Desde que me dejaste entrar.

Arrojas el periódico sobre la mesa de centro y te refugias en la cocina, el tamborileo de los trastes hace que el trazo salga del margen y me pinto la piel junto a la uña. Estúpido. Revuelves los frascos de la alacena, pimienta negra, estragón y romero macho. Trabajas con los ingredientes como un alquimista con su bálsamo, la idea de deshacerte de mí madura en tu cabeza, escoges los jitomates más rojos y blandos, el filo del cuchillo cae sobre la tabla y produce un sonido hueco que se mezcla con el rechinido de los rasguños (sería bueno conseguir un arma).

–Entonces ahí nos vemos.

Cuelgo. Trinchas un bocado como si no hubieras escuchado mi conversación, pasas las páginas del pe-

riódico sin leerlas, no puedes concentrarte. Sabes que hice una cita con José María, y eso sí que no lo vas a permitir, es un descaro salir a plena luz. Todavía fuera de noche, su tintura provoca un efecto de desenfoque y nuestros sentidos perciben sólo dos dimensiones de la realidad, un plano estático carente de perspectiva, una fotografía que muestra lo mejor de nosotros, sin los matices molestos de nuestras extravagancias diarias; pero en el día las formas recobran su volumen, las aristas de lo que somos en realidad aparecen resaltadas, con sus puntas agudas listas para encajarse. No vas a permitirlo.

Para cuando volteas, ya estoy frente al tocador, poniendo una capa de polvo azul sobre los párpados. Llegas por detrás, tu cabeza sobresale de la mía.

–¿A dónde vas?

–Ya lo sabes. A encontrarme con un hombre.

–¿Y me lo dices tan campante?

–¿Por qué no? Nada más vamos a comer.

–¿Y yo qué? ¿No te importa lo que piense?

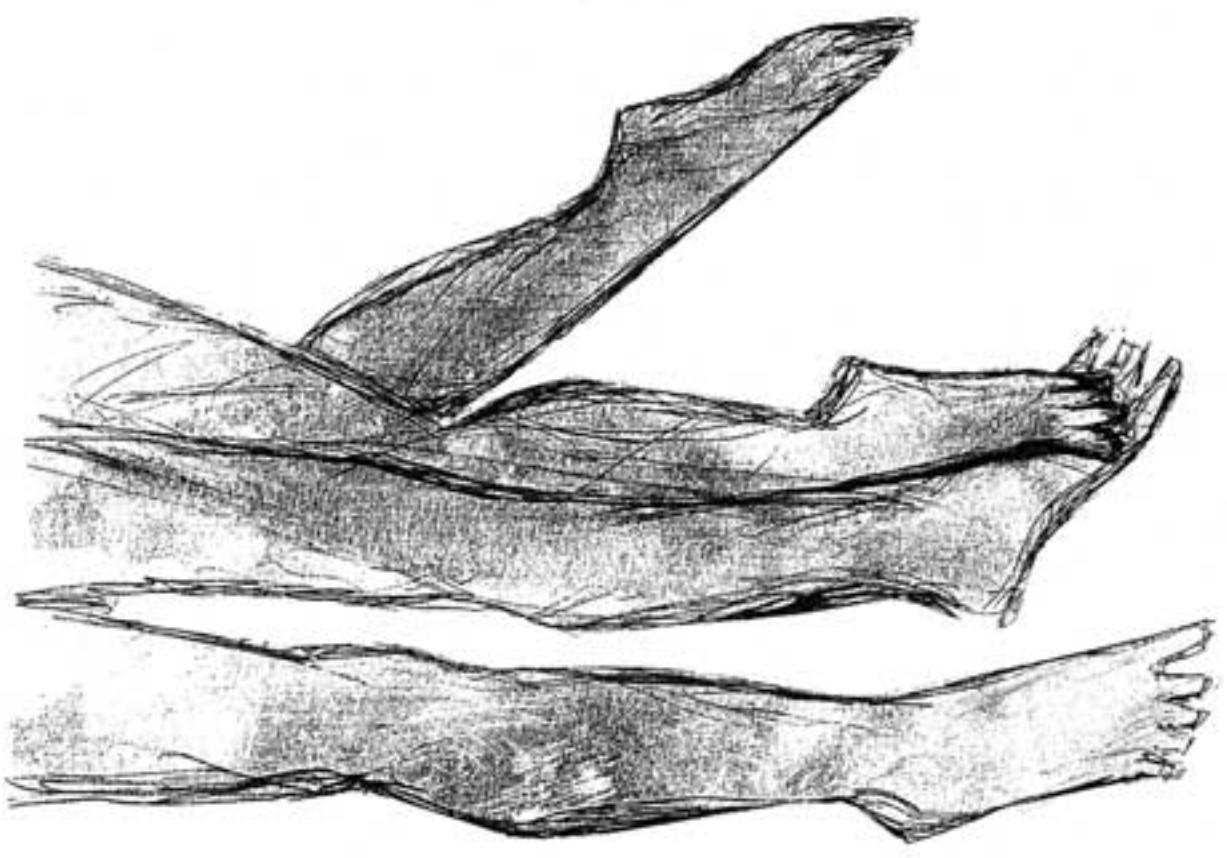
–No.

–¿Por qué me torturas?

–Porque te amo y quiero lo mejor para ti.

–Estás loca.

–En el fondo te excita la idea de que vaya. Te mueres por saber hasta dónde soy capaz de llegar con ese hombre.



–Pues no vas a ninguna parte, ¿me oyes?

Golpeas el espejo, el cristal se fractura, te rodeo con mis brazos y beso tu puño sangrante. Tu odio brota humedecido en lágrimas.

Llevamos horas en silencio. El teléfono ha sonado varias veces, pero no has querido atenderlo, también llamaron a la puerta, era la gorda de la dueña, los domingos viene a traerte un pedazo de pastel, tamales o cualquier alimento que sirva como carnada para el chisme; tampoco abriste. Faltan unos minutos para la hora de la cita. Enciendes la computadora, doy un sorbo a mi café, tecleas con rapidez, estiro los brazos para desperezarme, marcas el texto y lo borras de un dedazo, me acerco a ti, vuelves a empezar, yo me recuesto en tu mesa de trabajo, como la dama sobre el piano en las películas.

Letra por letra orquestas palabras melódicas, tus frases indecibles ondean en esa música automática. Sabes que el deseo es más poderoso que la razón; la certidumbre a destiempo, agudísima, reconstruye el futuro, el movimiento de mis caderas tomando el camino hacia la puerta y el cascabeleo del juego de llaves al salir del bolso.

–Si lo haces nunca podrás regresar a esta casa.

Tu advertencia traspone la salida igual que una ráfaga de viento.

Doy un paseo por los andadores. Contrario a tus sospechas, la cena con José María estuvo bien, bebimos unas copas y nos tiramos en el sofá a escuchar música, después nos besamos y...; creo que estuve muy natural, cualquiera diría que llevo siglos haciéndolo. No quise ir a su departamento, aún no estás preparado para tanto, pero le di tu teléfono para que me llame. Entro en una platería, el vendedor observa mis labios, le sonrío y él responde. Ya estoy agarrando práctica. Le pido que me enseñe los cuchillos, después de formarlos encima del mostrador el vendedor expone las características de uno y otro. Los miro por arriba y de canto, palpo la empuñadura, comparo el brillo moviéndolos a la luz de la lámpara, tiento sus puntas. De pronto me llama un abrecartas

de mango nácar, pero lo desairo enseguida (no es lo que necesito y estoy acostumbrada a abrir los sobres con una embestida de mis dedos). Me decido por una daga curva con incrustaciones de obsidiana.

Estás extrañándome. Es insoportable. Enciendes la televisión, el estéreo y la licuadora, pero sus gritos son incapaces de cubrir los rasguños. Casi cuarenta y ocho horas, tiempo suficiente para sentirlos igual que una retroexcavadora trabajando en tu cabeza, y mañana tienes que levantarte temprano si quieres llegar a clase de siete.

Tomas mis cosméticos. Doce —dibujas un croquis en el espejo roto del tocador— campanadas.

El silencio se esparce detrás del ruido de los artefactos. Los apagas de prisa, alcanzas a escuchar el eco de unos pasos que se alejan.

Campanada fractura del espejo en relieve marcado con el delineador negro (tu madre ha de estar inquieta ella siempre se preocupa por ti) campanada circunferencia a pincel delgado con polvo de ojos café (de qué color son los ojos de José María qué vas a decirle si llama) campanada círculos concéntricos dentro del primero (pero el teléfono no ha vuelto a sonar qué extraño seguro ella viene para acá sólo son tres horas de camino) campanada sombra en zigzag con la brocha del colorete y polvo amarillo (sospechará algo la dueña se daría cuenta que estuve en tu casa) campanada capa azul matizado con la esponja del maquillaje (qué vas a hacer con tu vida tienes ganas de borrarte del mapa) campanada cubo en color rosa hecho con el pincel para labios (te preguntas dónde ando y si estaré molesta quizás tramando igual que tú) campanada pirámide púrpura dentro del cubo (hacer algo pero una ciudad plana resulta problemática) campanada figura de animal pardo amorfo en el interior de los círculos (percibes mi cuerpo escondido detrás de los muros tendrás que matarme) campanada jabalina color plata trazo rápido a pincel de labios (debes irte yo puedo regresar y tu madre llegará en cualquier momento) campanada torres grises custodiando los puntos cardinales (necesitas encontrar el sentido moverte) campanada mancha al centro impresa con el lápiz labial rojo (qué esperan de ti debes hacer algo pronto realizar tu obra) campanada túnel barroco que atraviesa las formas dibujadas (observas el mural esto es ahora sabes lo que debes hacer).

Los rasguños se extinguen junto con el eco del último badajazo.

Tus pasos resuenan cuando bajas corriendo, murmuras las palabras del letrero que te señaló la dirección de las escaleras: salida de emergencia.

El silencio te siguió, barrió los andadores y vociferó entre las hojas inmóviles de los árboles. Calle extraviada, huera, más adelante un perro olfatea los desperdicios que la ciudad arrojó durante el día. Caminaste mucho, la vista tumbada en los adoquines. Tu mente trepada en el boceto, lo abarcabas indiviso, podía tratarse de una máquina, de ser así, ¿cuál era su utilidad?, fijabas la memoria en un detalle, tal vez sea un generador de poderes desconocidos o una cámara para comunicarse con otras dimensiones. Para saberlo debes construirla. La idea te acorrala, como si una fuerza suprema arreara tus deseos.

El piso duro y húmedo, la niebla matutina enraizó en tus ojos, los frotas, el mundo aparece tumbado, una escoba surca la plaza, enderezas el cuerpo y te levantas, comprendes que pasaste la noche a la intemperie, tirado como un borracho junto a un poste de luz. Desandas el camino.

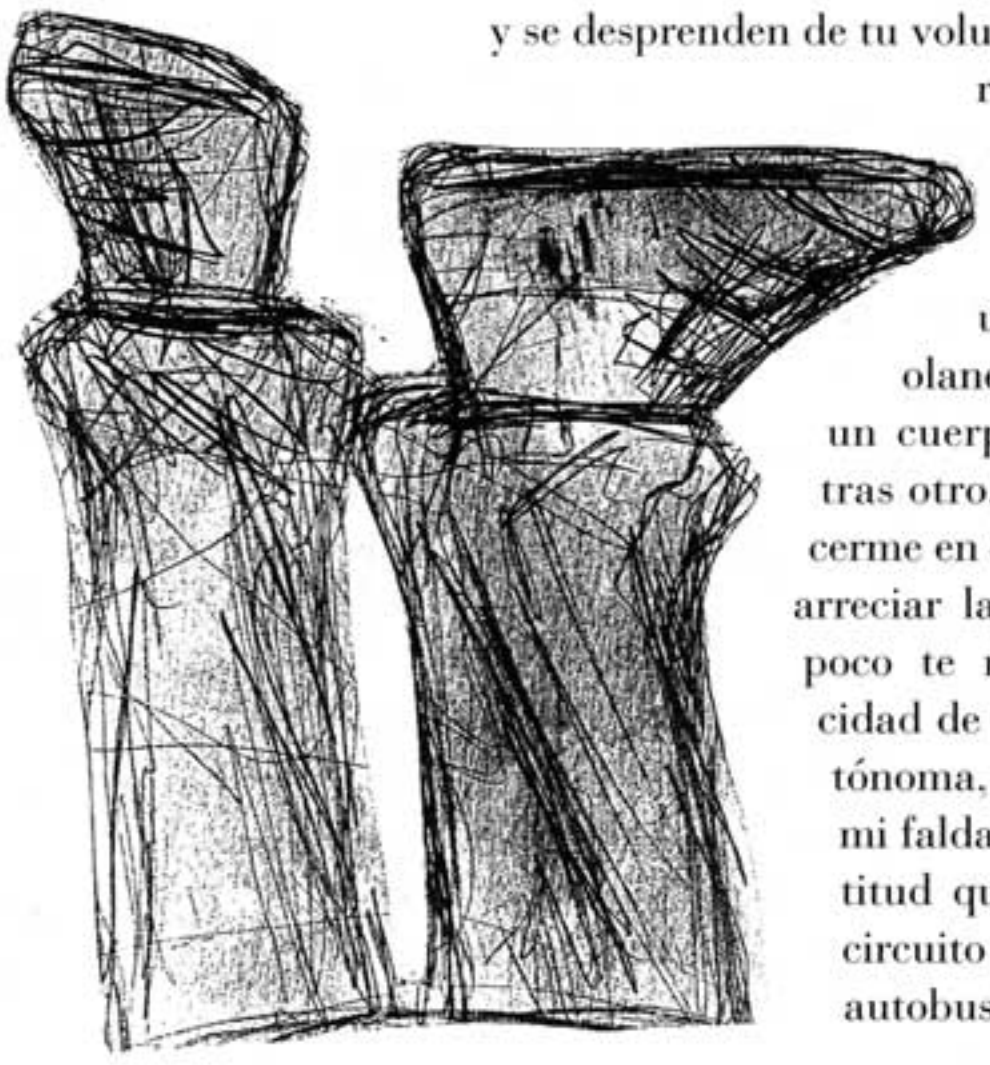
La dueña, gorda grasosa, vieja fodonga, pinche chismosa, atrincherada en la ventana, sacó la cabeza en cuanto te vio.

–Su mamá vino a buscarlo, Ernestito. Estuvo toque y toque. Salí a decirle que usted no estaba. Dijo que se iba a quedar en un hotel. Le dije que era raro que usted saliera tan tarde. Dijo que le llamaba. Su teléfono estuvo sonando toda la noche... ¿Qué no va a ir a la escuela, Ernestito? Ya se le hizo tarde, ¿no?

La cortas de un portazo. Tiendes la cama, pones la ropa sucia en el cesto, sacudes los muebles, lavas el baño y recoges los trastes. Con un trapo mojado limpias el espejo. Te cuelgas la mochila del hombro derecho. Al salir topas con la ropa de la dueña, tendida en el barandal. Pinche vieja asquerosa, dejarme aquí sus calzonzotes. Abajo, un perro ladra mirando hacia la escalera, la ropa tapa tu vista, así que no puedes saber qué causa la furia del animal.

Tomas la escalera, al llegar al primer descanso, pisas un objeto pequeño, rechina; bajas la vista y te encuentras con un niño sentado en el piso, trae sudadera roja y pañal desechable, sus piernas desnudas están manchadas de tierra, juega con tres carritos de plástico que desliza entre corcholatas de refresco dispuestas en filas; el niño levanta la cara para mirarte, sus mejillas están embarradas de mocos que forman mazacotes lodosos en combinación con la mugre, te sonríe con su boca tuberosa y balbucea monosílabos que no entiendes, tus labios se contraen, quieres decir algo pero no logras formular la frase, sorteas los caminos de corcholatas, pero aunque pisas con cuidado deshaces una de las líneas, te sientes apenado, pero continúas descendiendo.

Cuando llegas al patio principal volteas hacia arriba, el pequeño te observa con la cara metida entre los barrotes horizontales del barandal verde. Cruzas la explanada. Junto a la acera, el perro que ladraba hace un rato está hurgando entre los desechos de los tres tambos que sirven de basurero, a su alrededor hay bolsas de plástico abultadas y restos de comida dispersos en el cemento. A la distancia distingues un manchón rosa que corona el bote central. El olor a podrido penetra tus fosas, frunces la nariz y, como para ahuyentar el estupor, acomodas la correa de tu mochila sobre el hombro izquierdo. Pasas de prisa a un costado de los tambos, miras de reojo y descubres unas mallas de ballet despatarradas en medio de la basura.



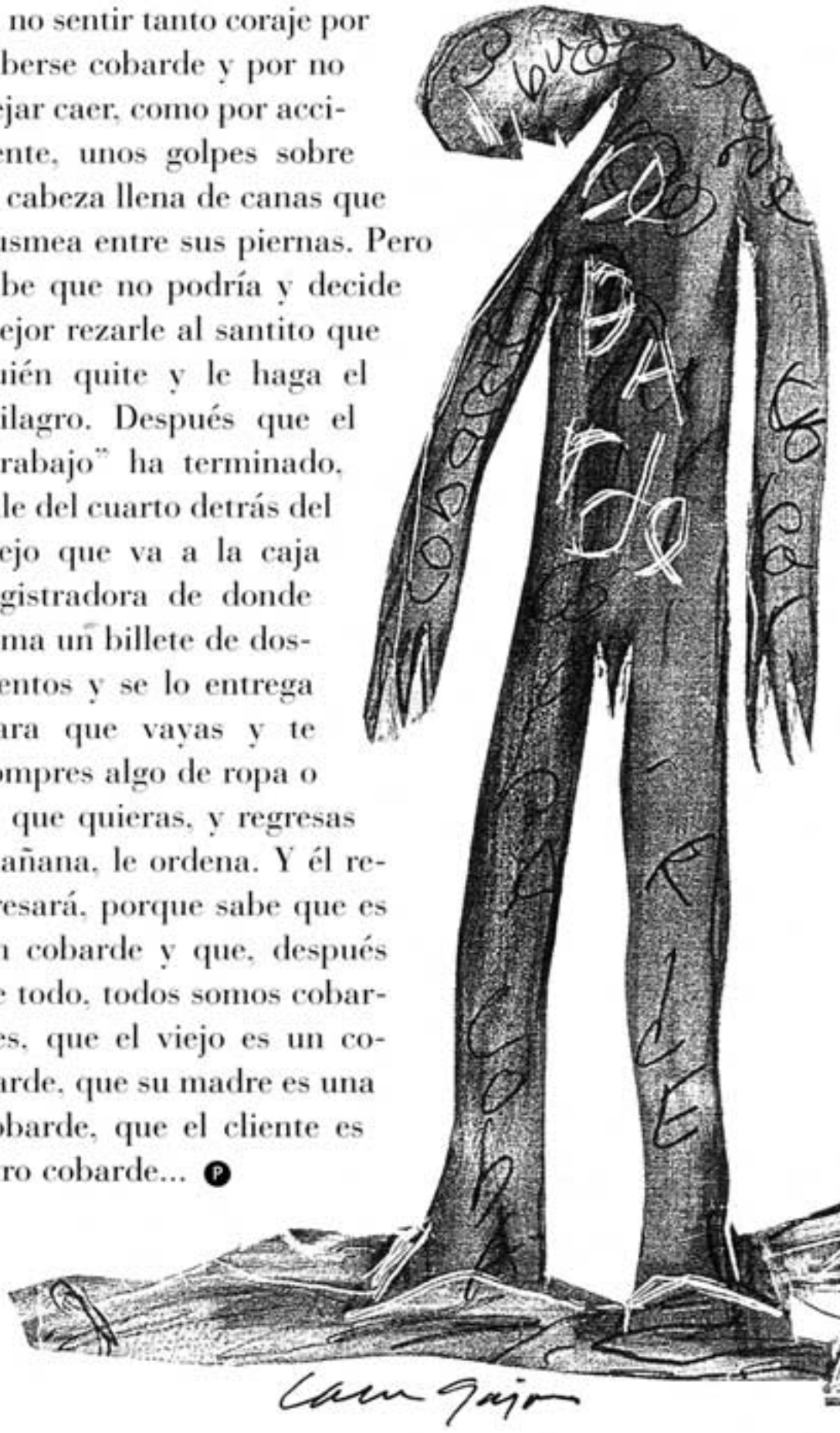
Abordas un camión urbano, ni siquiera reparas en las letras blancas pintadas en el parabrisas, te sientas junto a la ventanilla, el trayecto despliega imágenes previsibles, enseguida reconoces las calles y los rostros de la gente, los rayos secos pegan de lleno, dilatan la proporción de las fachadas, perturban sus poros, la textura se hincha, la ciudad implota y te impresiona con su claridad irreal, pesada, gorda, como si cada partícula estuviera envuelta con un colchón denso, blando, una bruma caliente que despierta un sueño cercano, aparece con la nitidez refulgente de la Alameda rodeada de puestos morados, pero ambas imágenes se evaporan antes de que puedas aislarlas y sólo te queda la impresión de una barra gris, después nada más el color, extendido en tu mente.

El camión se detiene. Sigues a la gente que se encamina por una acera acorralada entre dos tendidos de malla ciclónica. Tus pasos viscosos, necesitas mirarlos, levantar el pie, impulsarlo hacia delante, ahora el otro; los pies encuentran su ritmo y se desprenden de tu voluntad. Quieres detenerte y retroceder, pero tus extremidades avanzan decididas. El vuelo rojo de una falda camina unos metros adelante, los olanes se elevan, chocan con un cuerpo cercano, se esconden tras otro, resurgen; crees reconocerme en ese andar suelto; intentas arreciar la marcha, pero eso tampoco te resulta posible, la velocidad de tus pasos también es autónoma, desistes, a pesar de que mi falda desaparece entre la multitud que, como tú, atraviesa el circuito y entra en la terminal de autobuses. Ⓟ

Sin título

Édgar Pacheco Martínez
Facultad de Filosofía y Letras, unam

Apenas entra cualquier cliente a la tienda, el viejo le quita las manos de encima, le ordena salir del cuartito y presentarse detrás del mostrador, Sí ¿qué se le ofrece? Y luego de entregar el cambio la voz temblorosa del viejo, su patrón, se escucha detrás suyo exigiéndole que regrese, que aún no ha terminado su "trabajito". Entra de nuevo al cuarto temblorosamente iluminado por una veladora que ya casi extingue su flama ahogada en la cera líquida. Y sobre la repisa desde donde esa débil luz ilumina con tristeza su rostro, lo miran los ojos de aquel santito, que quién sabe quién sea ni para qué sea bueno. Éste es el santo que le cumplía todo a mi mujer, que en paz descanse, y por eso le prendo su veladora para que cuide de ella allá en el cielo y para que interceda por mí cuando se llegue la hora, explica el viejo cuando él se queda viendo la imagen fijamente, pensativo, ausente, mientras se deja tentar por las manos temblorosas y artríticas de su patrón. Bájate los pantalones. Pero no patrón, qué tal si llega un cliente, Que te bajes los pantalones, ya te lo dije, y la hebilla de su nuevo cinturón, regalo del viejo, tintinea al hacer contacto con el piso. Entonces vuelve a sentir esos deseos que lo avergüenzan y más frente a esos ojos juiciosos con que lo mira el santo. Sí, que ya se muera el maldito, además no tarda mucho en llegar al panteón y después ya serás dueño de todo, sueña en voz alta su madre, pero hasta la misma muerte moriría antes que su saludable patrón. Sólo un accidente, sólo un accidente, sólo un accidente, piensa en tanto que cierra fuertemente los puños como para no sentir tanto coraje por saberse cobarde y por no dejar caer, como por accidente, unos golpes sobre la cabeza llena de canas que husmea entre sus piernas. Pero sabe que no podría y decide mejor rezarle al santito que quién quite y le haga el milagro. Después que el "trabajo" ha terminado, sale del cuarto detrás del viejo que va a la caja registradora de donde toma un billete de doscientos y se lo entrega Para que vayas y te compres algo de ropa o lo que quieras, y regresas mañana, le ordena. Y él regresará, porque sabe que es un cobarde y que, después de todo, todos somos cobardes, que el viejo es un cobarde, que su madre es una cobarde, que el cliente es otro cobarde... Ⓟ



Esplendente a ratos

Hugo García Manríquez
Facultad de Filosofía y Letras, unam

[a contrapelo]

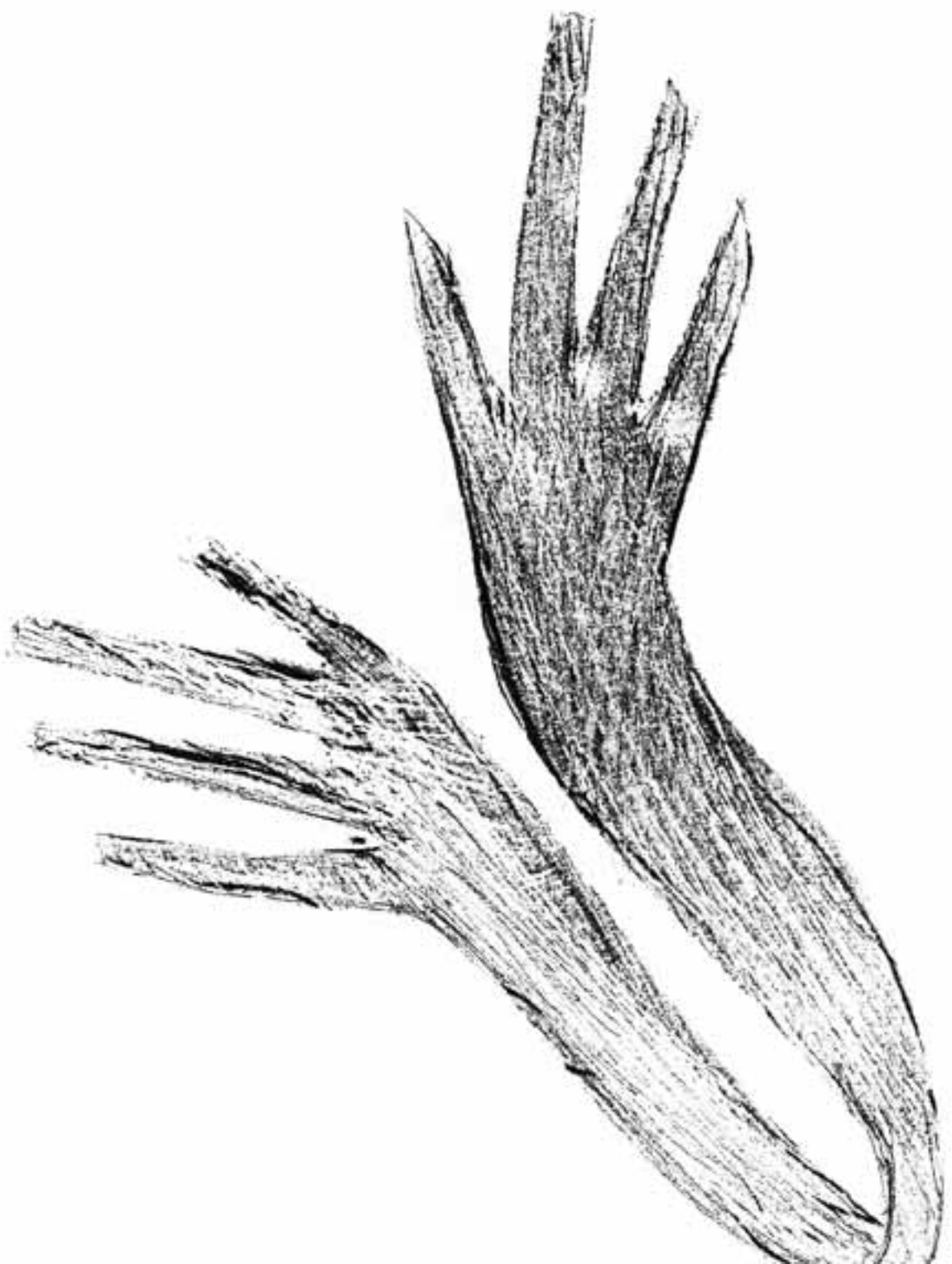
trenzada en simple agricultura,
verba pintada, cantabile de su
propia, alegría abundosa en
aguas. palabra pues, hembral en
fuente. no remansada sino
nadante, feliz turista que
reconoce un número infinito de
instrumentos. no rocío que sin
más se desueñe entre los dedos,
como al principio la rima de los
primeros ocios, deseando amar
un día el cambiar por pan la
música.

[odiseo 7 p.m.]

bajando en jazz odiseo va, con
clifford brown y el davis y la
insemejante luz de las sus
trompetas dos. por la pequeña
pendiente, reverdeada de pronto
esta tarde, tan llena de flores
pequeñitas, sigue. harto del
amor en fuente que calíope, la
de las lindas, lindas trenzas, le
diera.

[lúdica la regla]

no arrepentida por principio, que
ya tiempo habrá para hacerle al
no nacido en estos trópicos y en
los contiguos. lúdico lo del decir,
más metido en danza del tiempo
que vendrá. lúdica la regla de un
amar sin filias pendientes. hecho
un coro, dictando garabatos,
amaneciera, se anduviera uno.

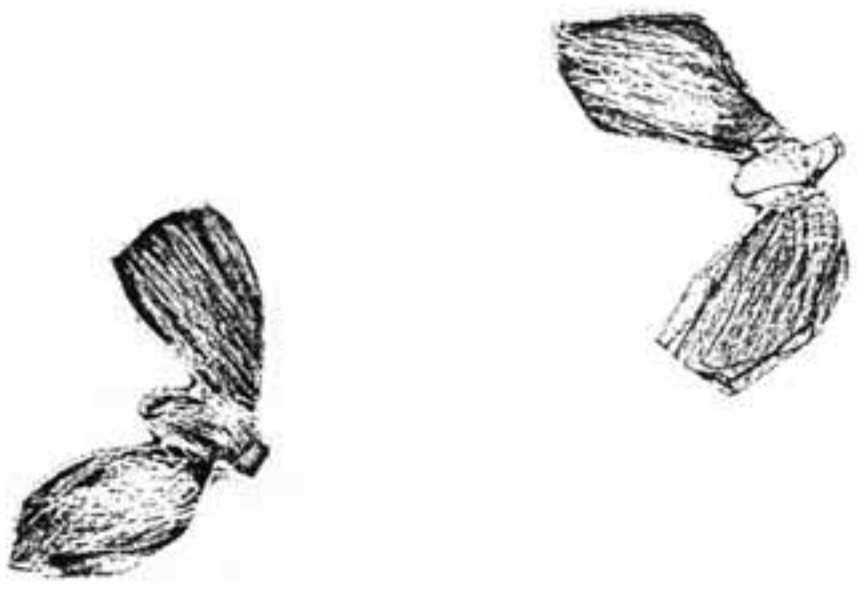


[no atravesados pulsares]

tejido amplio de los no
atravesados pulsares. galaxia
portátil la hoja en su tarea de
red. tocar a cada pez en
plata. sumarle mar. áfono el
susurro del sueño que se
pretende ahí. aunque música
se insistan los estos días que
en pasando van. calcárea o
pectoral la región que se
apostó y apuesta con tal de lo
fecundo, con tal de dios, diría,
si a creyente pasara.

[six divine divas]

six divine divas moviéndole con más voluntad que efecto el corazoncito a uno. seis entre la bergman y otras. y ya vistas, esperar una voz que dé para todo por lo menos. voz que reproponga, neoproponga lo infúnebre. porque unívoca la voz no ha pasado de juego con cuentas de colores, intercambiadas previamente por piedras que ríen luz y que acá, dicen, abundaban.



[villon que sólo sabía de la mosca en la leche]

mago sin compás, sería el no hablar de otras cosas, como villon, que sólo de la mosca sabía hablar, mosca que en la leche sabía. lo dijo en dos o tres poemas. la oscura leche de la noche, diríamos ahora. mosca que sabía de la inutilidad de villon fablando de otras cosas que no fueran consanguíneas de la mosca antes dicha.

[esplendente a ratos]

se anda el área que no siempre da su compostella, su fijo situar del brillo. y pensar que el poema ha sido una casa de rima a cielo raso con su río, donde las aguas, con todo el dilema ése, se diluyen, y valga la imagen para algo.

[edmond jabes]

letras en arpegio de prismas,
dijo, sintéticas dunas del
laberinto, el decir, concluye. el
libro, al final, fue manada que
lo escogió. animal de buenos
ojos.

[sinuoso a insinuante]

sí sobre el mundo, piedra que a
estanque da, así y acincelado que,
bueno fuera, pasara de lo sinuoso
a lo insinuante. en esto se anda
uno caracoleando y sin rueca y se
va creyendo lo de aprendiz lo de
casi mago o cavalcanti sin caballo
y sin laura, lo peor. cantáramos
del discurso en epítome que fue.

[vaca la araña]

en qué paisaje pasará esa la araña
sobre el calendario ¿campos de
north, west sur carolina? ¿de dónde
el cielo ése? donde nubes grandes.
vaca la araña en llanuras ajenas de
trigo levantado, enrollado según se
ve, y migrante la araña baja, baja,
anda la esquina de la cerca tan
bonita de postal. y ya no. ahora
sobre el sunday de agosto
perfilándose a la caída.

Sobre *Buried Child* de Sam Shepard

Hugo Arrevillaga
Centro Universitario de Teatro, unam

A Antonio Castro

El hombre dentro de un sueño: convertida su carne en luz, en aire, en un grupo de partículas de polvo. Su imagen no es borrosa, es tan real como la imagen del mismo hombre tendido sobre su cama, cubierto por una sábana salobre que le abre los poros para que ellos sean los que griten. El hombre embestido por una pesadilla. No hay grito posible, la lengua también descansa sobre la almohada. El único sonido es el del sudor que escurre.

La realidad de un hombre dentro de un sueño radica en lo que en él suceda, la única irrealidad está en el tiempo. Éste ha sido anulado, no está detenido ni olvidado, mucho menos ignorado. Es innecesario, lo onírico no se basa en el tiempo para saberse en desarrollo. Lo onírico se expande, danza (como el polvo de la mañana) sobre el tiempo. Su momento es uno: apenas acontece algo dentro del sueño se olvida. Todo lo que permanezca en la memoria, al despertar, no sucedió, está ocurriendo.

Buried Child, obra en tres actos de Sam Shepard, danza sobre el espectador hasta apropiarse de algún terreno fértil sobre su cuerpo para sembrar algunas dudas. Más tarde, el público partirá, y en sus respectivos *backyards* cosechará algún cadáver a punto de ser olvidado de tanto recordarse.

Todos somos sembradores, todos conocemos la tierra húmeda que queda entre las manos después de cavarle una tumba a nuestros secretos. Y todos sabemos lo fértil que resulta la memoria cuando por sobre todas las cosas se intenta olvidar.

Hagamos tiempo y desarrollemos una teoría sobre la cual apoyar una lectura de esta obra.

Podemos pensar al hombre como arcaico o como moderno, de acuerdo a su relación con el tiempo y al concepto que tenga de historia.

El hombre moderno, según Mircea Eliade, es histórico, va creando su historia de acuerdo a la aparición de "novedades" en un transcurrir del tiempo. Este hombre registrará la historia cada vez que su memoria consiga hallar la irreversibilidad de los acontecimientos. El tiempo para él transcurre en una línea recta que al sufrir rupturas va haciendo historia. Su futuro aparece como consecuencia del pasado, como resultado de un cúmulo de acciones y acontecimientos identificables en el camino, que se irán ocultando a la distancia pero no desapareciendo.

El hombre moderno no puede escapar de este látigo que, constantemente, durante su vida le hará asumirse como un descendiente. El pasado golpeará su espalda para indicarle cuándo, cómo y hacia dónde avanzar. Él seguirá su camino, arrastrando su herramienta de flagelación.

El hombre arcaico vive en un tiempo circular que se renueva a cada vuelta. Repite sus acciones, repite paradigmas y arquetipos, no con el fin de recrearlos sino de cegar a los relojes. Estas repeticiones anulan el tiempo; tienen como finalidad generar un éxtasis, es decir, una salida. En este caso, del tiempo. Es la repetición que encontramos en los ritos cuyo objetivo es la regeneración.

> El hombre arcaico tiene la libertad de anular su propia historia mediante la abolición periódica del tiempo y la regeneración colectiva. Al hombre arcaico la historia no le constituye la existencia humana.[1]

Además, tomemos en cuenta lo siguiente, que está relacionado con la libertad del hombre moderno:

Según Genet la primera cárcel del hombre es su familia. Nace con la cara rayada y crece agarrado a los barrotes que su familia, amorosamente, le ha heredado.

Según Camus al hombre prisionero le bastaría un día de libertad para vivir el resto de sus días encerrado, "recordando". Y no son los muros de la cárcel los que le encierran, es el tiempo, que ha sido confinado con él, encadenado a sus pies, el que le llama preso.

Entonces, el hombre moderno, preso desde su nacimiento, enclaustrado en su semilla, sólo puede ser libre a través del sueño, donde nunca ha nacido ni ha muerto. Pensemos en su único día de libertad como el momento en que fue o es materia de sueños. Antes de ser, habitando espacios míticos.

Y sus recuerdos de esto, que no son recuerdos sino acontecimientos atemporales, lo habitan y él les habita, durante el sueño. Si este hombre prisionero cierra los ojos y sueña (que no es recordar), escapa del tiempo y danza en su cárcel: se libera.

Shepard se sabe preso en el tiempo, enjaulado no sólo por una familia nuclear sino por una cadena de antecesores. Se observa en el espejo y distingue su prisión-rostro que no lo dejará jamás mientras esté vivo. Su herencia no lo deja ser uno, distinto a cualquiera, sino un cúmulo de otros. Entonces recurre al único lugar sin muros: el sueño mítico.

Ése es su regreso a la semilla, es lo único que pudo existir antes de nacer (o aun después de morir). Ése es el día de libertad que le bastará al eterno prisionero. Antes que él sólo los dioses.

El mito es, entonces, el material de sus sueños teatrales, y será también el espacio por donde los personajes irán transportando su sangre.

[1] Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno*, p. 144.

En *Buried Child*, Shepard retoma algunos mitos de la tragedia griega como el regreso a casa en la *Orestíada*, el incesto de Edipo, las batallas entre padres e hijos, parricidio e infanticidio[2]. Sus personajes podrían ser divididos de acuerdo a la idea de hombres arcaicos o míticos: Dodge, el patriarca de setenta años; Halie, su esposa de sesenta y cinco; Tilden, el hijo mayor de cuarenta y ocho; Bradley, el segundo hijo, sin una pierna. Hombres arcaicos. Todos ellos habitando una casa en Illinois, en el campo. Perdidos en la luz de un sueño, que de tanto dormirlo se ha convertido en su realidad. No hay razón alguna para pensar que lo que ahí sucede no es real, ni tampoco irreal. Encerrados en círculos que buscan excavar o desenterrar lo que apenas un segundo atrás haya sucedido.

Vincent, el heredero de veintidós años, hijo de Tilden, y su novia Shelly, de diecinueve, son la representación del hombre moderno, con una visión lineal que los hace estar sujetos a todo lo que les haya sucedido, buscando un punto en el horizonte hacia dónde caminar, asidos de una cuerda anclada a sus respectivos pasados.

El padre Dewis, protestante de sesenta años, a la deriva del tiempo.

Éste es el sueño de Shepard en el que se dará una lucha por el tiempo y la historia.

La obra nos muestra a la familia como primer contacto de los seres con la destrucción, como primera prisión, como primera mentira, primera noción de competencia y comparación, primera compañía y primera soledad. Es ésta la

[2] David de Rose, *Sam Shepard*, p. 99.

siembra de todo aquello en que cada miembro se convertirá más avanzado el día.

Los personajes, su decadencia y sus conflictos nos recordarán algunas obras de O'Neill: *Largo viaje del día hacia la noche*, en la cual la familia tiene el mismo número de integrantes y del mismo sexo, y el espacio es similar: porche, escalera...; *El deseo bajo los olmos*, los olmos en el exterior que se observan desde la ventana, infanticidio; *Más allá del horizonte*, los hermanos que compiten, la decadencia de la granja.

En *Buried Child*, la familia es un agujero negro que absorbe a sus descendientes, e intenta regresarlos a su semilla y dejarlos en el silencio gélido del olvido, clavados en la tierra que los parió. Ahí, de regreso a las entrañas sólo podrán pudrirse. Así Halie, la matriarca, mantiene en su útero-memoria restos de hijos no logrados, descompuestos y hediondos. Ella, vestida de luto, sigue rezando para no perder la memoria y poder seguir criando a Ansel, el hijo hecho de retazos de necesidades.

Vincent, que no ha visto a su familia durante seis años, ha vuelto a la casa de sus abuelos, en el campo de Illinois. Va en busca de su padre, a quien supone en Nuevo México. Shelly nos dice que Vince se ha ido deteniendo durante todo el camino, en cada tienda, en cada casa, buscando su herencia, contándole toda su infancia. Ella esperaba encontrarse con algo muy tradicional y llega para toparse con su imaginación hecha pedazos.

Al llegar Vince a la casa de sus abuelos nadie lo reconoce, ni siquiera su padre que ya está de vuelta de Nuevo México. Toda la familia cree que el único niño que falta es el que está enterrado en el patio trasero.

Dodge, Tilden y Bradley son hombres discapacitados física o emocionalmente, mareados en el vértigo de su tiempo circular que busca a veces encontrar, a veces borrar a la memoria.

La llegada del tiempo moderno (Vince), es la llegada de la historia, reclamándole cuentas al mito. *Shepard substitutes myth for history, experience for theory*[3].

El regreso del nieto representaría el cierre de un círculo que inició hace más de treinta años, sembrándolo a él también en el conocimiento de los hechos, para que más tarde dé frutos (o maíz o zanahorias) que puedan fertilizar, con su descomposición, la tierra de la renovada granja.

El pasado ha sido escondido, el tiempo ha sido enterrado en algún lugar de la memoria colectiva, se ha decidido entrar en un sueño que de tan largo (treinta y cinco años) se ha deformado, se ha convertido en una pesadilla.

La escena se desarrolla en un mismo espacio durante los tres actos: una sala donde sólo hay un sillón, una televisión, una lámpara con pantalla y una mesa. Al fondo se ve un porche, unas puertas corredizas y las sombras de los olmos. Al lado izquierdo del sillón hay una escalera.

El primer acto se da durante el día y llueve; el segundo, en la noche y aún llueve, el tercero es en la mañana y, finalmente, el sol resplandece.

Los personajes arcaicos viven en un instante, anclados (Dodge al sofa, Tilden en su estado de sonambulismo, Bradley sin una pierna, Halie absorta en sus fotografías), saben cuál es su arquetipo, su paradigma. Eso que deberían repetir para anular por completo esa molesta temporalidad que los ha ido envejeciendo sin desarrollarlos. Son los cabellos y las uñas del niño enterrado. En su imposibilidad de afrontar su secreto no entran ni salen del tiempo. Permanecen entre el sueño y la vigilia. Al momento en que el secreto brota, como el relleno del sofá de Dodge o el maíz y las zanahorias de la tierra, recuperan su atemporalidad y desaparecen.

DEWIS: *You'd better go up and see your Grandmother.*
VINCE: *My Grandmother? There's nobody else in this house. Except for you. And you are leaving, aren't you?* [4]

Shelly parte, se monta en el riel que había dejado por un momento, sigue su camino rectilíneo con retrovisor en mano. Tal vez ahora ella vaya en busca de su círculo.

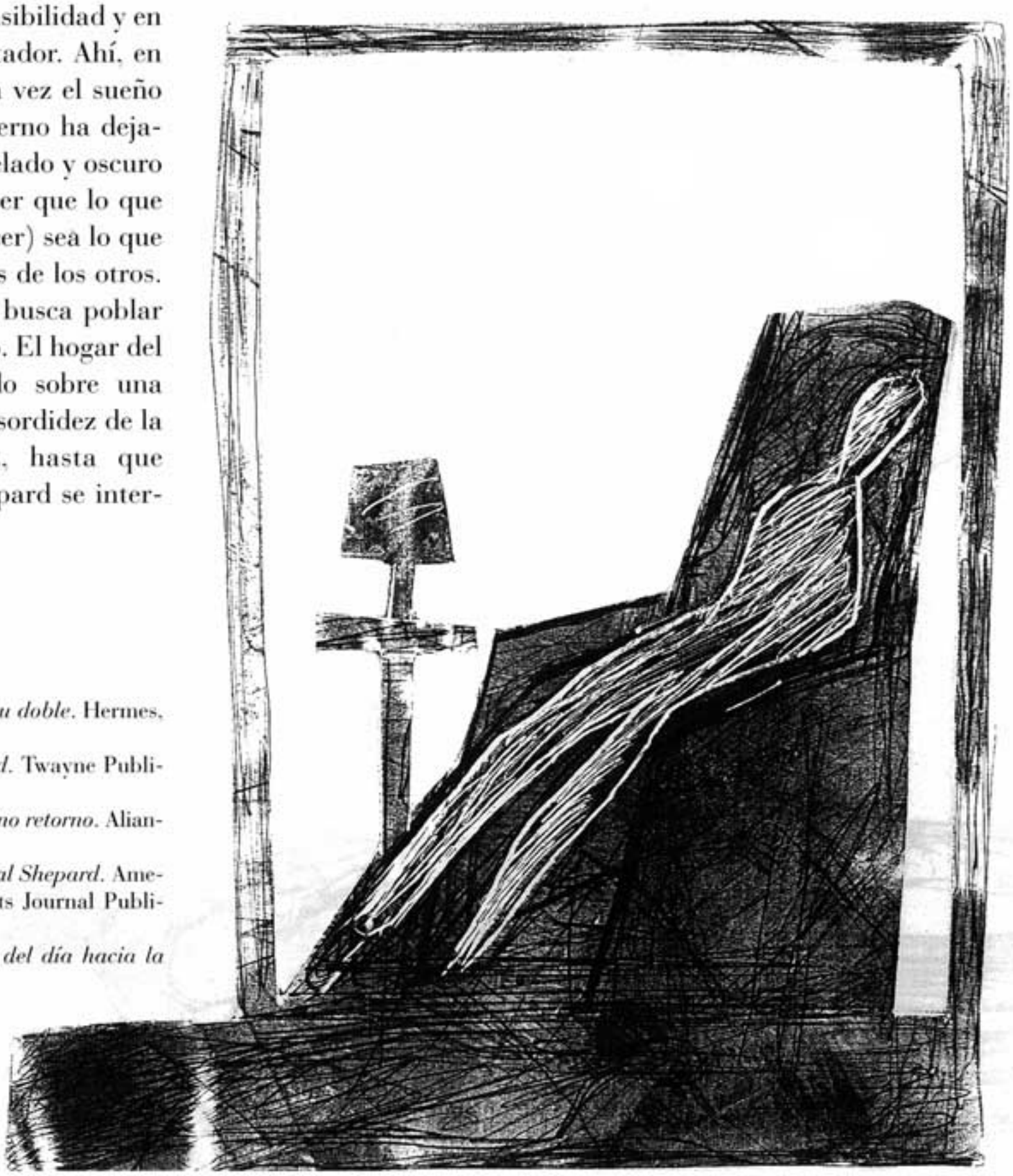
Vince ha visto de frente a la muerte, es decir, a toda su ascendencia pintada en su cara. Decide dejar su línea y entra en el lugar de sus otros. Su herencia no ha sido la revelación, ni la aceptación, sino la mitificación... *I've gotta carry on the line. I've gotta see to it that things keep rolling*[5].

[3] Bonnie Marranca, *Alphabetical Shepard*, p.13.
[4] Sam Shepard, *Seven plays*, p.131.
[5] *Op. cit.*, p.130.

Shepard utiliza convenciones realistas en la construcción del escenario con el único fin de atrapar al espectador. Le provee de calma antes de la tormenta, lo acaricia para relajar su piel. Una vez logrado ese objetivo entra la crueldad. El cuchillo penetra por los huecos que la relajación ha abierto en la carne.

A diferencia de lo que sucede en el realismo, los personajes de Shepard no se transforman en relación con la transformación de la realidad, sino que ellos al transformarse, transforman su realidad.

Lo que Shepard entrega al espectador de su teatro es la construcción de mitos propios, creados al momento de la representación por cada receptor. La grandeza del teatro, la experiencia teatral, está en algún lugar entre lo que se está representando sobre la escena y lo que se forma en la sensibilidad y en la mente de cada espectador. Ahí, en ese lugar, estuvo alguna vez el sueño mítico. El hombre moderno ha dejado una ráfaga de aire helado y oscuro en ese espacio. Podría ser que lo que ahí crezca (o pueda crecer) sea lo que nos diferencie a los unos de los otros. Y Shepard trabaja ahí, busca poblar nuevamente ese desierto. El hogar del mito, hotel abandonado sobre una autopista perdida en la sordidez de la cotidianidad, VACANTE, hasta que algún personaje de Shepard se interne a narrar. ●



BIBLIOGRAFÍA

Artaud, Antonin. *El teatro y su doble*. Hermes, México, 1992.

De Rose, David. *Sam Shepard*. Twayne Publishers, Nueva York, 1992.

Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Alianza, Madrid, 1997.

Marranca, Bonnie. *Alphabetical Shepard*. American dreams. Performing Arts Journal Publications, Nueva York, 1981.

O'Neill, Eugene. *Largo viaje del día hacia la noche*. Cátedra, Madrid, 1986.

O'Neill, Eugene. *Ocho dramas*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1960.

Shepard, Sam. *Seven Plays*. Bantam, Nueva York, 1988.

El principio, lo que sigue y el final

Julián Fernández
Colegio de Ciencias y Humanidades plantel Sur, unam

OBRA EN DOS ACTOS SIN TELÓN

Personajes

Una
Uno
Otra
Otro
Y Otro

Primer acto

Está oscuro. Aparece una transparencia en blanco y negro de Uno con una pipa de agua. Su cara está de perfil. Inmediatamente atrás (viendo de frente) está Una riéndose con una risa un tanto excedida. La imagen debe verse muy oscura y espesa, filtrada entre el humo de la pipa. Entonces, en el centro del escenario, Uno con un cerillo (entre más explosivo mejor) prende un cigarro, fuma sonando el golpe y empieza la música con sonidos dispersos que se van fraguando de a poco en un motivo más sólido pero sutil y quedito. Todavía con el cerillo prendido, escupe el humo lo más denso y expansivo que se pueda. Se apaga el cerillo, enciende otro y prende una vela. En ese instante se prenden una luz roja y una azul. La vela está junto a otras, sobre una mesa, y la mesa sobre un tapete. Está lo suficientemente baja para que el personaje la alcance sentado en el suelo sobre algunos cojines. Encima hay una pipa larga de dos chimeneas y un bonche de unos cuatro libros con uno abierto enfrente de él. Una está dormida sobre unos cojines. Además puede haber una lámpara colgante, inciensos prendidos, etcétera, como para dar al espacio general un tono ocre. Atrás del escenario están los músicos tapados por una cortina de algún color semitransparente (la idea es que se vean remotamente las siluetas).

Se apaga la diapositiva. Uno apaga el cigarro en un cenicero y prende otras velas. Se apaga la luz azul y se enciende una sepia. Uno se asoma al libro que estaba abierto y empieza a subrayar y a anotar algo sobre una hoja. Vuelve a poner el libro en la mesa y toma otro. Busca una página, lee subrayando un par de párrafos, lo cierra y se rasca la cabeza como con una risita de sorpresa.
Todo con aire de somnolencia.

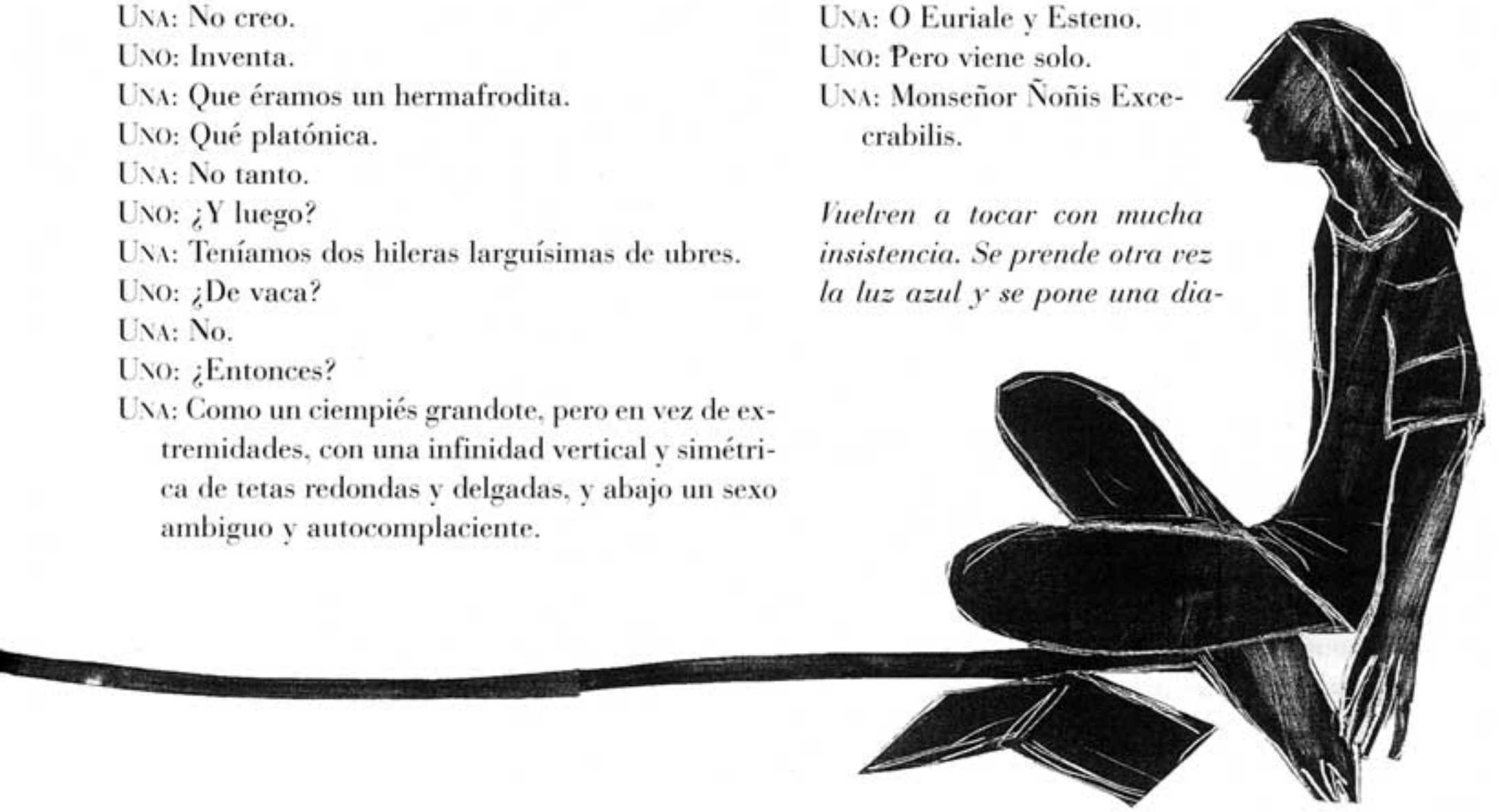
UNA: ¿Qué pasó?
UNO: Nada.
UNA: ¿Qué?
UNO: Nada. (*Pausa.*) ¿Te acuerdas del cementerio?
UNA: Mhh.
UNO: Al principio dice: "Ese techo tranquilo de palomas palpita entre los pinos y las tumbas".
UNA: Mhh.
UNO: Luego este otro señor en el de *Edad* dice: "un lecho tierno está bromeado de coronas".
UNA: ¿Mhh?
UNO: Mhh. Entonces lo acomodamos para que quede: "Ese techo bla, bla, bla", y abajo "un lecho tierno bla, bla, bla" (*pausa*), luego le podemos seguir con el del señor Sampedro de "cómete la panza muerte" y etcétera. (*Pausa.*) ¿Qué soñaste?
UNA: Nada.
UNO: ¿Qué?
UNA: Nada. Formas.
UNO: ¿Formas?
UNA: Como caleidoscopio, igual que en todo sueño adulterado.
UNO: ¿Y luego?
UNA: Nada.
UNO: ¿Nada?
UNA: No creo.
UNO: Inventa.
UNA: Que éramos un hermafrodita.
UNO: Qué platónica.
UNA: No tanto.
UNO: ¿Y luego?
UNA: Teníamos dos hileras larguísimas de ubres.
UNO: ¿De vaca?
UNA: No.
UNO: ¿Entonces?
UNA: Como un ciempiés grandote, pero en vez de extremidades, con una infinidad vertical y simétrica de tetas redondas y delgadas, y abajo un sexo ambiguo y autocomplaciente.
UNO: Qué lascivia.
UNA: Y luego otra vez el caleidoscopio, porque nos desbaratábamos, y otra vez con las figuritas frágiles nos volvíamos a hacer todos de materia quebradiza.
UNO: ¿Eso soñaste?
UNA: No creo.
UNO: ¿Pero te mojaste?
UNA: No mucho.
UNO: ¿Un poquito?
UNA: Yo creo.

Se acercan, se ríen con las bocas pegadas, tocándose y respirando fuerte y metiendo las manos a la ropa. Se queda prendida sólo la luz roja, las diapositivas acompañan y la música se vuelve ruidos ilustrativos y sugerentes. Todo eróticamente creciente.

Tocan a la puerta —alguna percusión. Pasan unos segundos y vuelven a tocar.

UNO: "Tan, tan".
UNA: "¿Quién es?".
UNO: "Es el diablo".
UNA: ¿Tú crees?
UNO: ¿O tu hermafrodita?
UNA: O Euriale y Esteno.
UNO: Pero viene solo.
UNA: Monseñor Ñoñis Excecrabilis.

Vuelven a tocar con mucha insistencia. Se prende otra vez la luz azul y se pone una dia-



positiva sarcástica de algún señor obeso y respetable. UNO se para a abrir. La puerta es la cortina que tapa a los músicos.

UNO: Buenas noches Don. No, no se me había olvidado... sí, pero luego uno tiene dificultad con eso de ordenarse la cabeza... no, pasa que creo que se nos quemó un petate. Ándele Don, que tenga buenas noches y digestiones indulgentes. (*Regresa.*)

UNA: Qué lambiscón.

UNO: Con gusto.

UNA: ¿Venía solito?

UNO: Pero parecían dos.

UNA: ¿Por gordis o por qué?

UNO: Mhh.

UNA: ¿Euriale y Esteno?

UNO: Estertor y Borborigmo.

UNA: En fin.

UNO: ¿Entonces?

UNA: ¿Entonces qué? (*Prende la pipa.*)

UNO: ¿Huele a petate quemado?

UNA: (*Como resintiendo el muy ligerísimo pipazo.*) No se me hace. (*Pausa.*) En todo caso diría que huele a tamarindo o chocolate amargo, según el formato (*pausa*) y en ebullición.

UNO: Eso por asociación visual pero Don Borborigmo no vio nada.

UNA: Te vio cara de que deberías oler a petate quemado, igual que tú le puedes ver cara de que huele a vodka o a hamburguesa.

UNO: Por cierto.

UNA: Técnicamente le podríamos llamar: "Sinestesias sintomáticas".

UNO: ¿Sintomáticas de qué?

UNA: De la guerra generacional.

UNO: (*Riéndose.*) O "Paranoias de pescuezos apergollados con síndrome regañonista de funcionarios de salubridad".

UNA: (*Asintiendo.*) Por ejemplo. (*Pausa.*) Oye.

UNO: ¿Mhh?

UNA: ¿Cómo serías si tuvieras que ser señor en sentido estricto o semiestricto?

UNO: En mi juventud hubiera optado por el faquirismo para no tener que lidiar nunca con barriguitas de cuarentones estertóricos.

UNA: Qué específico, ¿y luego?

UNO: No sé, se me hace que usaría una cachuchita veintera y una pipa todo el tiempo, y me cuidaría mucho de que no llegue a mis manos alguna vulgaridad editorial entre otras nimiedades curiosas y neuróticas. ¿Y tú?

UNA: (*Recogiendo de la mesa un bulto y unas sábanas. Empieza a ponchar.*) Lo mismo, yo creo. Nada más que todas las noches me poncharía un toque para reivindicarme contra mi propia exquisitez. (*Prende y aguantando el tanque.*) Y sería de una elegancia (*hecha el humo y repite con más aire*) y sería de una elegancia toda cascarrabias y retórica (*pausa*) y borgesianamente asumiría un conservadurismo por estricto escepticismo (*fuma otra vez*) o a lo mejor sería una abuelita bonachona igual que Burroughs en esa película, como dándole chocolates a sus nietos, pero con golosinas más exóticas. (*Le pasa el cigarro.*)

UNO: (*Fuma y aguantando el tanque.*) Ahora sí huele a petate. (Echa el humo.) Yo mejor un baturro anarco del treinta y seis.

UNA: Ah pues yo una rusa incendiaria del novecientos.

UNO: "La pasión de la destrucción es una alegría creadora".

UNA: "Sólo el cataclismo restituye".

UNO: Habría que tramar algo así.

UNA: Sí, aunque parezca conversación de recién cogidos.

UNO: Y sería, de no haber sido por Don Corbatosaurio.

UNA: Pero ya como gente seria que podemos ser, suena interesante eso del cataclismo.

Empieza a sonar un cello.

UNO: ¿Mhh?

UNA: Mhh.

Aparecen fotos de multitudes, casas y camiones quemados, el hindú incendiado en flor de loto, etcéte-

ra. Intercaladas, caras de euforia, eventos circenses, etcétera, como para dar una impresión de festividad y caos.

UNA: Me divierten mucho esos rusos desquiciados que amenazan con entrar al palacio de gobierno con una bomba en el pecho por devoción a la belleza.

UNO: De plano.

UNA: Dicen que la única aventura que ofrece nuestra sociedad es su destrucción.

UNO: Suficiente aventurota, ¿no?

UNA: Sí está divertido, por ejemplo pescarse de la paradoja como báculo teórico.

UNO: ¿Por qué?

UNA: Por muchas cosas. Por la sistematicidad con que se traman los procesos incendiarios. Por muchas cosas. Por ejemplo, eso de agarrar al caos sí como estado terminal, pero también como principio, porque nomás de ahí viene la orgía, y el sentimiento constante de infringir y cagotearse del pasado social solemne y aburrido.

UNO: Y si quieres hasta de las necedades proscriptivas del arbitrariaje físico.

UNA: ¿O sea?

UNO: Que a uno le den ganas de caminar por la bardita y esas cosas.

UNA: Qué trivial, pero de acuerdo, y divertirse mucho, entendiendo la diversión fuera de la infracción y el vértigo como puerilidad o pendejez.

UNO: Yo tenía en mente algo más sobrio. Vida de cafés, cosas así.

UNA: Qué trivial.

UNO: Como sea es francamente sospechosa la pitufería de tu "infracción".

UNA: (*Irónica.*) ¿Sí?

UNO: No quería entrar en seriedades, pero hay un señor de mostacho prominente que dice que es "por virtud del contraste" que resulta la inminencia de las cosas.

UNA: ¿Sí?

UNO: Sí. Entonces más que a ti o a tu contrario, hay que respetar la enemistad que los vincula: la guerra como tensión generadora y como única posibilidad de acción. Entonces, después de tu fiestecita incendiaria, aunque todo esté bien divertido, hasta la diversión se va a aburrir de sí.

UNA: Sí se me hace que funcionas más para cafés y ñoñerías. Bueno, esa cosa fea seguiría existiendo, sólo que en abstracto, como memoria y antiparadigma.

UNO: Pues no sé, hay un cliché romántico que se encarga de tildar de debilidad lo ajeno al vértigo, de "puerilidad o pendejez" en tu caso, pero aunque sea yo, asumo mi languidez con devoción.

UNA: ¿Por ejemplo?

UNO: No sé, pero a lo que voy es que fatalizarse en algo es una forma eficaz de erradicarlo: la presencia de Don Borborigmo nos regresa a la noción de lo "otro" para seguir pipeando descansadamente. En el mismo sentido uno puede agradecer el pudor como tradición espiritual de sazonado, la alegoría al bastión que implican los calzones, la perpetuación del matrimonio como único resquicio al adulterio, todo eso.

UNA: (*Riéndose.*) ¿Sí?

UNO: Sí, para favorecer el ritual del franqueamiento, y ahí sí, en ese contexto de estira y afloja, queda hablar de transgresión, o ¿te podrías imaginar a Jesús convertido en fetiche porno sin ayuda de la neura clerical? Toda la tradición herética se iría al carajo.

UNA: De plano. Como sea, a mí sí me gustaría estar encuerada todo el tiempo.

UNO: ¿Y por qué no?

UNA: Pues porque guardo provisiones para después del cataclismo.

UNO: ¿Provisiones?

UNA: Si agotamos ahorita los recursos se va a hacer todo a medias y sin proceso de fractura.

UNO: Pero es lo mismísimo, nada más es cosa de hacer grandota o chiquita la cosa en proporción: el cachondeo vendría siendo la maqueta de tu proceso cataclístico. De un lado el individuo, el momento, el encuere físico, y del otro, el hombre, la historia, el encuere alegórico, pero como

sea, igual de transitorios. Después de una especie de orgasmo, la sana contrición que sigue a todo buen orgasmo, y la gente se vuelve a poner sus corbatas y se va a trabajar, y otra vez todos a rendir tributo al orden.

UNA: Qué bajón. Estoy de acuerdo excepto por lo de la transitoriedad y las corbatas. Más bien, pongamos que todos los días serían domingo y todas las noches serían sábado.

UNO: ¿Eso qué significa?

UNA: Que la única grotescidad del domingo consiste en que lo sucede el lunes, pero si lo sucediera el sábado y al sábado el domingo, el domingo sería el paraíso diurno igual que el sábado es el paraíso nocturno, pero a lo que iba era a que todo sería, no un constante ir y venir, sino un venir y venir y venir y descansar sin contrición y seguirse viniendo. Además se dice "la gente", o "la humanidad", en su defecto, y no (*subrayando como solemne*) "el hombre", a menos que consientas como militante caduco en masculinizar la especie.

UNO: (*Indiferente.*) Mera convención.

UNA: Que hay que obedecer si es pura retrogradez lo que uno está camuflando.

UNO: Que habíamos quedado que era válida como forma del escepticismo.

UNA: En fin.

UNO: En fin.

Se quita la diapositiva. Sigue la música. Fuman fuerte y escupen fuerte el humo. Aparecen fotos medio pardas de cada uno, pero como flashazo. Los dos se acuestan a fumar y ver subir el humo y todo eso, como con cara de seguir rumiando la conversación.

UNO: ¿Y la Pantera Rosa, es pueril o es pendeja?

UNA: Es pueril y pendeja y divertida, pero no iba tan en serio. ¿Quieres fumar?

TRANSICIÓN AL SEGUNDO ACTO

Se apagan las luces y se queda la escena iluminada por las pocas velas encendidas. Prenden la pipa, tosen, etcétera. Los acordes dispersos van tomando ritmo lento y creciente. Apagan las velas y queda la música notablemente más fuerte y rítmica que la demás, con una serie de transparencias del tipo de la primera, con mucho humo y muchas risas, a veces opacas, movidas, etcétera. Pasan algunos minutos, se acaban la música y las transparencias. Quedan sólo ruiditos pendientes, pero más bien todo a oscuras y en silencio. Pasan unos segundos así y se oye alguna voz y pasos entrando.

SEGUNDO ACTO

Todo a oscuras.

OTRO: ¿Y ahora?

Y OTRO: No, se me hace que no... de plano no, porque si sí no se me ocurre cómo, a menos que... pero más bien no, de plano no. ¿O qué?

OTRA: ¿O qué qué?

Y OTRO: ¿Cómo que o qué qué?

OTRO: ¿Y ahora?

Y OTRO: ¿Y ahora qué?

OTRO: ¿Y ahora cómo le hacemos?
OTRA: ¿Para qué?
OTRO: Para ver.
Y OTRO: ¿Para ver qué?
OTRO: Pues para ver nomás.
OTRA: ¿Ver qué?
OTRO: Ver nada pero ver. ¿Traen cerillos?
Y OTRO: De traer sí traigo, pero están mojados.
OTRO: ¿Mojados de qué?
Y OTRO: Bien, bien, no sé, pero se me hace que de agua porque me caí.
OTRO: Te caíste a dónde.
Y OTRO: Al agua.
OTRO: ¿Y tú por qué no estás mojado?
Y OTRO: Ah pues porque yo ya me sequé pero los cerillos no. O a ver, trátale.
OTRO: Sistán mojados.
OTRA: ¿Y si mejor así sin cerillos?
Y OTRO: Sí, está bien a oscuras.
OTRO: Pues si no quieren ver entonces para poner el té y prender cigarros.
OTRA: O mejor sígueme diciendo qué pasó.
Y OTRO: ¿Qué pasó con qué?
OTRA: Con eso de que no o a lo mejor sí pero más bien no.
Y OTRO: ¿No qué?
OTRA: No sé.
OTRO: Mejor buscamos los cerillos.
OTRA: En la mesa había.
OTRO: ¿Dónde está la mesa?
OTRA: Aquí enfrentito.
OTRO: ¿Dónde es "aquí enfrentito"?
Y OTRO: Nos ponemos pecho tierra y a tientas el que dé con ella pega un grito.
UNA: (*Medio dormida.*) ¿Qué pasó?
Y OTRO: ¿Qué pasó con qué?
UNA: Con el revoltijo que traen.
OTRO: Que se mojaron los cerillos.
UNO: ¿Quieren cerillos?
Y OTRO: Así de querer cerillos, no.
OTRO: Pero queremos poner té y prender cigarros.
UNA: Aquí hay.
OTRO: ¿Dónde?
UNO: Aquí en la mesa.
Y OTRO: ¿Dónde es eso?
UNA: A ver. (*Prende un cerillo.*)
OTRO: A ver. (*Lo agarra y prende unas velas.*)

Se enciende una luz sepia.

OTRA: Ándale.

UNA y UNO siguen acostados. OTRO prende un cigarro todavía en cuclillas junto a la mesa y se queda a fumar. Y OTRO camina de un lado a otro con las manos en la cabeza. OTRA se sienta junto a la mesa, agarra la bolsa y empieza a ponchar.

OTRO: ¿Y ahora?
OTRA: Y ahora qué.

OTRO: Ésa es la pregunta.
Y OTRO: ¿Esperamos a Godot?
UNA: O cambiamos de tema.
OTRA: Ésa es buena.
UNO: O nos callamos todos y me dejan dormir otro ratito.
OTRO: ¿Quieren té?
UNA: ¿De qué?
OTRA: Receta secreta.
UNA: Ya estamos cansadas.
OTRO: ¿Tú y tu amiga?
UNA: Yo y mi amigo, pero qué género común quieres que ponga.
UNO: (*Medio dormido.*) ¿Qué pasó?
OTRO: ¿Quieres té?
UNO: ¿De qué?
OTRO: Surtido.
UNO: (*Señalando la pipa.*) ¿Quieren goma?
OTRO: Mejor té.
OTRA: O jugamos.
OTRO: ¿A qué?
OTRA: No sé, namás jugamos.
UNO: ¿Con los libros?
OTRA: (*A Y OTRO.*) ¿Tú quieres?
Y OTRO: ¿Qué?
OTRA: Jugar.
Y OTRO: ¿A qué?
OTRA: Jugar.

Empieza un boceto de música dispersa y disonante.

Y OTRO: (*Dando vueltas, fumando, rascándose la cabeza, y todo el tiempo con la impresión de que le va a ganar la risa.*) Jugar, no sé, suena bien. Habría que hacer algo, pero jugar... no sé, sí, bueno, sí se me hace un exceso. Buscar los cerillos estaba bien ¿no?, (*pausa*) no sé, todo cada vez se pone más raro. (*Risa.*) Estaría bien tener otra cosa que buscar. (*Aparece, como flashazo, una foto de la Pantera Rosa.*) Es más tranquilo. Bueno no tranquilo, pero distrayente, porque así nomás: fumar, caminar, pensar. Ahora que pensar en otra cosa y caminar por otra cosa...
UNO: Ahora que veo difícil que pueda alguien alguna vez caminar por otra cosa y pensar en otra cosa.

OTRO: ¿En otra cosa que qué?
UNO: Que el pensamiento y la caminata.
OTRO: ¿Qué?
OTRA: ¿Sí quieren jugar?
Y OTRO: Así de querer, sí, pero no sé, quién sabe, ora sí se me hace que ya fue ora sí. No sé, (*risa*) qué desorden. (*Viendo y como calando con la mano su meñique.*) ¿Se han dado cuenta de la fragilidad del cuerpo? Qué torpe y maculable: si me quemo grito, además me sugestiono. O sea que todo yo me plego a su sumisión reactiva. No sé, yo ya me aburrí.
OTRA: Por eso.
OTRO: ¿A qué, pues?
OTRA: Con los libros.
OTRO: ¿Cómo juegas?
OTRA: (*A UNO.*) Platícale.
UNO: Abres un libro y la línea en que cayó el ojo la anotas y corre a la izquierda.
UNA: ¿Y si cae en un huequito de entre líneas?
OTRO: ¿Así nomás? Qué divertido. ¿Y luego?
UNO: Lo leemos.
OTRO: (*Irónico.*) Qué divertido.
OTRA: O qué propones, aguafiestas.
OTRO: No, ése está bien, a ver qué sale.
OTRA: ¿Quién empieza?
UNO: Ya hay cinco líneas.
OTRA: (*Ve el papel.*) ¿Fue accidente?
UNO: Más o menos.
Y OTRO: A eso mero iba: así pasa y así pasó todo. Qué difícil. Sí entretiene pero cala, más bien cala saberse adentro de tanto... O no sé, pero todo está tan carajamente frágil. Y es por eso (*pausa*): porque todo lo que es, es accidente.
UNA: Sí está divertido, ¿no?
OTRA: Pero qué, pues.
Y OTRO: Jugamos, pues, pero qué raredad. (*Se pone a dar vueltas.*)
UNA: De plano.
OTRA: De plano.
UNA: (A OTRA.) ¿Qué se comió?
OTRO: Creo que unos aguijones de alacrán.
UNO: ¿Y semillas de toloache?
UNA: ¿Y si le echamos al té para que todos platiquemos?
OTRA: O ya jugamos.
UNA: Jugamos.
OTRO: Pero mejor que cada quién debralle hasta que se aburra sin sacarlo de ningún lado.
OTRA: Así pero después del té. (*Ve un libro y escribe en la hoja.*)
OTRO: Entonces pásame la hojita. (*La ve, lee en voz baja, y al final, en voz semialta.*) "Cómete la panza muerte". Yo aquí, nomás por rimar, le pondría algo así como "muérdeme la reata fuerte".

Nadie hace mucho caso. Abre el libro. Y OTRO se cansa de dar vueltas y se acuesta en el piso. OTRO le pasa la hoja a UNA.

UNA: A ver.
UNO: Hay otros juegos con más claras intenciones de expulsión.
UNA: Pues éste ni mediocre y mansamente creo que nos sirva.
OTRO: A ver si ya con té es más eficaz.
UNO: Y con un camarada a punto de convulsión exponiendo "la fragilidad del cuerpo".
OTRA: Ya se durmió. (*Le pica las costillas a Y OTRO y voltea a ver a OTRO con cara de que no.*) ¿Así queda?
OTRO: Si no va a pasar yo creo que sí.

OTRA recoge la hoja. Se bajan bastante las luces y aparecen transparencias de azoteas viejas con cielos grises, paredes despostilladas en calles de adoquines de ciudades viejas, bóvedas de iglesia en el mismo contexto viejo y gris.

OTRA: A ver: "Ese techo tranquilo de palomas / palpita entre los pinos y las tumbas. / Un lecho tierno está bromeado de coronas. Cómete la panza muerte / si el instante vuelve a patinar la carne".

Se hace un silencio y se quitan las diapositivas, baja la luz sepia hasta apagarse, y se prende gra-

UNO: Tampoco.
UNA: Oleoluqui amapola ungüento cadalso ensalmo semen y mandrágora.
UNO: Cadalso y semen sobre todo.
OTRO: Sobre qué.
UNO: Sobre nada.
OTRA: ¿Qué?
UNO: Procesos distorsivos.
UNA: Dilución.
UNO: Dilución.
OTRO: Dilución
UNA: Ablución y unción del cieno.
OTRO: Diente.
UNA: Roce.
OTRO: Rechinido.
UNA: El agua blande en soliloquios sálmicos.
UNO: Las quijadas.
OTRA: Otra: (*pausa*) las puertas.
UNA: Las piedras.
OTRA: Pestañas.
UNA: Punzadas.
OTRA: Palpitan.
UNO: Tolerancia frugal.
OTRO: Desfiladero.
OTRA: Desfile.
UNO: Filo...
OTRO: ¿Y eso?
UNA: Nada.
OTRA: Piedras bruñidas.
UNA: Otras piedras.
OTRA: Y carne y bruma y atrio y lengüetazo.
UNA: No baja la ciénaga a los corredores mansos en que estampa el humo el movimiento.
OTRO: Anudan trazos las quijadas.

OTRA: Muerden los ojos.
UNA: Gotas.
OTRO: Líneas.
OTRA: Grietas.
UNA: Incisiones.
UNO: Nudos de sal en circos y peñascos.
Y OTRO: (*Despertando.*) Y nuez por pábulo al vientre en su doblez de piel de risa hervor y solipsismo.
UNA: Faunas nutridas de nutrias y licántropos.
OTRO: Horizontalidad.
OTRA: Región de tarde.
Y OTRO: El Minotauro mordía las sábanas de la Hidra.
OTRO: Cachondo.
Y OTRO: Hades lamía sus huesos.
OTRO: Carroñero.
UNO: Pábulo hierático.
Y OTRO: En un secuestro ecuestre entre cilantros y licántropos que trazan cicatrices en los muslos a mordidas para urdir la ruta estriada hacia el cenáculo.
OTRA: Algo atrás.
UNA: Párpados púrpuras y velos de Shiva en la enramąda.
OTRA: Grutas y ábsides y grutas y peñascos.
UNO: Curva sobre curva.
OTRO: Esfera.
OTRA: Torre.
UNA: Coágulo.
UNO: Hemistiquio.
UNA: Por ejemplo.
Y OTRO: Carbunclo decía Lezama.
OTRO: Y Minotauro.
UNA: Vacas preñadas de carnívoros panzones.
UNO: O al revés.
Y OTRO: No sí, sí carnívoros panzones, panzones, plétora y dispepsia.
UNO: Y Estertor y Borborigmo.
OTRA: Forma.
OTRO: ¿Cuál forma?
UNA: La Forma.
UNO: Espacio más instancia mediática o sea borde más relleno igual a forma.
Y OTRO: Frágil, maculable.
UNO: Por ejemplo.
OTRA: Forma sobre forma.
UNO: Estructura.
Y OTRO: Revulsión.
OTRO: Azar.
UNO: Desestructura.
UNA: Cataclismo.
UNO: Calzón.
UNA: Infringimiento.
UNO: Por ejemplo.
UNA: Mhh.
UNO: O bastión y salvaguarda.
UNA: Transgresión.
UNO: Contrición.
OTRO: ¡Cuál contrición!
Y OTRO: ¿Cuál contrición?
OTRO: Eso no existe.
OTRA: No, nada más cosquillitas, y eso a veces.
UNO: Sí, no, no hay tal.
OTRA: Jitanjáfora mejor.
UNA: Brinmarclusjarmisvon.
OTRA: Voirmihn lajda.
OTRO: Lizde kinveir.
Y OTRO: (*Sonidos guturales.*)

Se quedan jitanjaforeando un rato con ademanes, alteraciones tonales, movimientos de cabeza de asentimiento y negación, de repente se suceden en peroratas, se interrumpen, amontonan las voces, vuelven a la diplomacia, etcétera. Las fotografías y los instrumentos acompañan con una especie de auge de depravación formal. En algún momento de cansancio se vuelven a acostar y siguen hablando pero con holgura. Los ruidos de los instrumentos acompañan en el descenso. Terminan por callarse. UNA *toma un trago de té, lo retiene un rato y empieza a hacer gárgaras,* OTRA *le contesta y entre todos acaban reanudando la discusión. La fotografía y la música —por ejemplo, con un digeridú metiendo la trompa en una cubeta y alternando entre dar el tono y el burbujeo— acompañan a la impresión acuosa.*

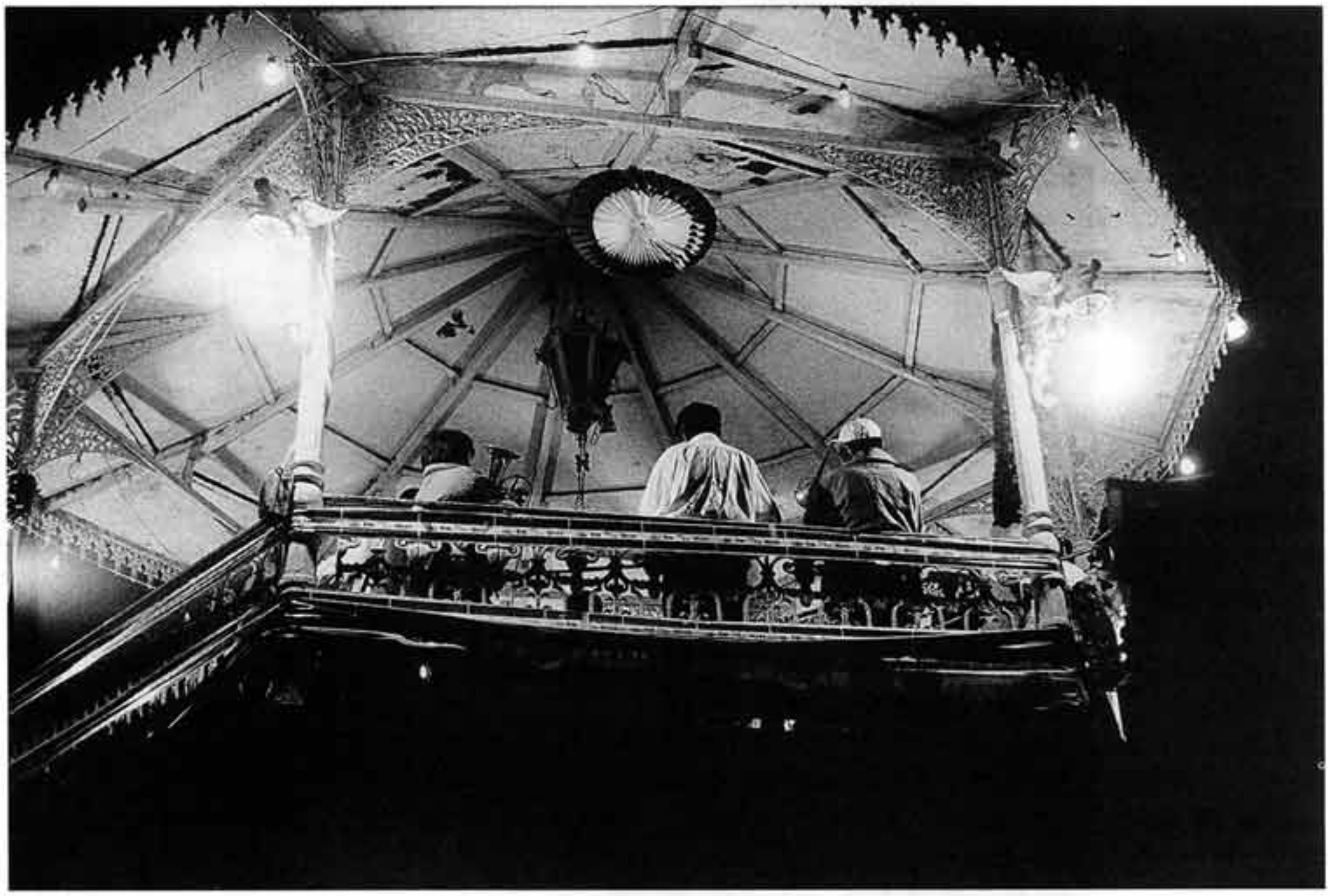
Vuelven a bajar la intensidad, hasta que acceden a pasarse el trago y a callarse. Se apagan las luces y las transparencias. Se quedan sólo las velas y algunos ruidos dispersos de los instrumentos. Después de unos segundos, se para Y Otro, *prende un cigarro y empieza a dar vueltas.*

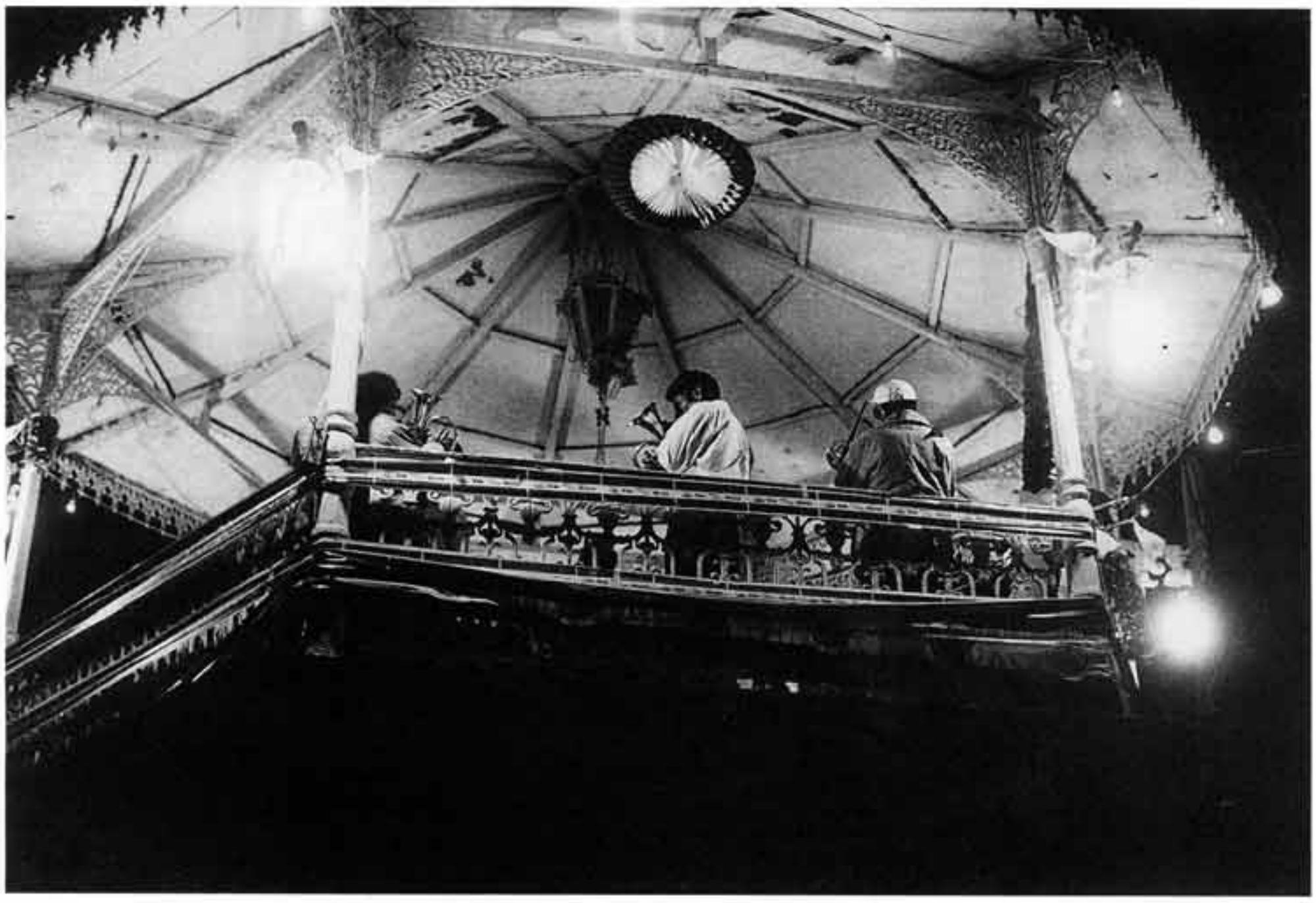
Uno: (*Sigue acostado.*) ¿Qué pasó?
Y Otro: Nada.
Uno: ¿Qué?
Y Otro: Nada. (*Pausa.*) O sí, pero que ya pasó.
Uno: Qué pasó.
Y Otro: Que pum, que ya fue y que siempre pasa.
Uno: ¿Qué?
Y Otro: Pues que estaría bien que cada sesión dejara como un aguijoncito acumulable, que sí un poquito, pero más bien como secuela anímica, o educativa, de que ves algo y sabes que lo podrías ver de otra forma y entonces lo transfiguras, pero demasiada veleidad. La idea sería que la cosa solita se transfigurara como suele transfigurarse. (*Aparece como flashazo una foto con figuras disueltas.*) A veces hasta me dan ganas de que en una de ésas en que cerramos los ojos de plano nos fuéramos pa' dentro.
Uno: De plano.
Y Otro: Y ahí adentro como una disolución progresiva de todo, de los sentidos y las cosas y las ideas, o no cosas sino formas y la idea misma de la forma, y que todo siga en expansión hasta que se acabe de disolver y quede todo blanco y tantán.

Se apaga la luz. Aparecen en la pantalla imágenes caleidoscópicas. La última queda fija hasta que termina la música. Cuando se acaba, quedan nada más sonidos dispersos que van a ir decreciendo conforme a la secuencia de las fotos: después de la imagen que quedó fija, una menos poblada de figuritas, luego otra menos poblada, y así, gradualmente se van despoblando y dejando más huecos blancos, hasta que quede en la pantalla puro blanco. Ya sin ningún sonido, se queda unos segundos la pantalla en blanco y se apaga. Ⓟ

Sombras nada más...

Isabel Chavarría
Escuela Superior de Música, inba





Pérdida de la sustancia necesaria

Mario Maldonado
Escuela Nacional de Artes Plásticas, unam

Pérdida de la sustancia necesaria

Profunda y vergonzosa transmisión de la personalidad

La dirección opuesta a la marcha del día

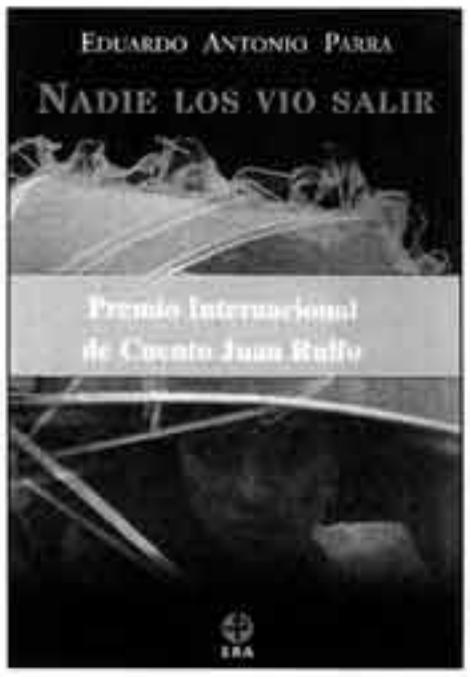
Renacimiento de un sueño colectivo

Cancelación del alimento espiritual

Ritmos opuestos de la respiración

Tres para llevar

Andrés Acosta



Uno

Eduardo Antonio Parra
Nadie los vio salir
Era, México, 2001.

Eduardo Antonio Parra ganó en diciembre del año 2000 el primer premio del Concurso Internacional de Cuento Juan Rulfo, en el que participaron alrededor de seis mil obras. Sobresalir entre tal cantidad de textos y obtener el primer sitio no es nada fácil. Ahora tenemos la oportunidad de leer el cuento que llevó al escritor mexicano a conseguir la hazaña. *Nadie los vio salir* se consigue en librerías y se lee con gusto por la soltura y el ritmo del narrador. En esta obra breve y precisa se halla la voz definida de un autor que figura ya en el plano internacional.

Dos

Salvador Castañeda
Papel revolución
Dirección Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Torreón, Colección MM, México, 2000.

Optar por el comercio ambulante en esta ciudad es lo mismo que insurreccionarse; escribir en papel revolución, salirse de las formas (de los formatos de Hacienda), es lo mismo que declararse indeseable. Hay una guerra que se derrama en nuestras calles, que se derrama púrpura; entre nuestro arsenal contamos con cocteles explosivos elaborados en botellas de seven up con gasolina y azúcar, por aquello de que el caramelo ardiente se pega a la piel y causa quemaduras mayores; hay generales de caballería que piensan que gracias a sus lecciones de estrategia en el Colegio Militar pueden ganar todas las batallas sobre la maqueta encharcada del Templo Mayor, y en esta guerra las serpientes son menos peligrosas que la abuela de un merolico: ¡regálame tu dolor!, ¡regálame tu dolor!, porque los maestros no pasarán, el gis chino los detendrá sin dañar plan-

tas ni animales, sin dejar otra huella que un cúmulo de insectos igual que sobre el tablero masacrado de la plaza de Tiananmen después de las peticiones de los estudiantes chinos; y no hablo del gis que hace falta en alguna escuela de Nezahualcóyotl. Aprendemos algunas cosas en cada batalla: no se necesitan tres pies para usar tres calcetines marca Donelli, sólo se requiere extraviar la mano en una jornada de trabajo industrial; para comer una Ternera Wisconsin en Plaza Universidad hay que romperle los huesos a un niño de la calle, a una familia de la calle, para que el cuchillo entre con suavidad en la ternera hay que hundirlo en la carne de una familia indígena y que se la lleve la policía, que la encierre un rato, que no venga a ensuciar los pisos de mármol; los comerciantes organizados como los delincuentes organizados también amenazan y secuestran utilizando su automóvil Honda. Parece que ¡oh, paradoja!, la palabra *organizado* implica un peligro dentro del caos. En la Delegación Benito Juárez un edificio ostenta el título de *Justicia* y para alcanzarlo hay que subir las escaleras, pero sus vidrios polarizados amedrentan a cualquiera, seguro que adentro hay un judicial cuyo solo aspecto es imposible de soportar sin aterrarse tanto como en la parábola de Kafka. Y más vale fijarse bien, porque el rojo es nuestro número de IVA, para siempre, ya podemos oír el ruido de cadenas y candados que se cierran, porque en esta cárcel da lo mismo afuera que adentro, porque adentro, llámese Lecumberri o el moderno Reclusorio Norte, caminamos en un espacio delimitado, pero sabemos perfectamente a dónde vamos, hasta dónde podemos llegar, en cambio, afuera las figuras humanas se mueven sin rumbo definido, adormecidas, ajenas por completo a sí mismas. Contra la modernidad, la presencia de un vestigio del pasado, que nos recuerda lo que somos y lo arruina todo, lo echa a perder. Así el azul va ganando espacio, va sometiendo a los otros colores, se los traga, qué película de terror ni qué Stephen King, este azul que nos viste de penitentes, de reos, internos es la palabra oficial, este azul que no es el del cielo sino el de la culpa, la responsabilidad jurídica que nos identifica y clasifica: asesinos, ladrones, defraudadores, violadores, insurrectos, ambulantes, pordioseros, maestros, trabajadores de la cultura, incitadores a la rebelión, escritores, todos en el mismo saco azul reglamentario de Santa Marta, Santa Tacha para los cuates. Cada delincuente en su zona y

su dormitorio, que no es lo mismo que celda... la modernidad pues, que con nombrar las cosas de otra manera las transforma con su toque. Y en las calles del centro las bolsas de polietileno exhiben su ámbar de tepache, brillante al sol mientras una mujer camina en busca de papel revolución. Y de verdad que nadie quiere asistir a una función de teatro sin público, porque las consecuencias se sufren en carne propia, en huesos propios, mejor apandarse voluntariamente, resguardarse en la cárcel dentro de la cárcel y bloquear la cerradura del candado. Para sentirse libres realmente, el encierro, o bien, arrojarse desde la cornisa del segundo piso de la decepción durante un día del maestro, lanzarse con una penca de nopal en la mano y un cuchillo en la otra por más excéntrico que parezca, aunque la sensación dure tan poco, una fracción de tiempo antes de morir, aunque no se muera sino se termine en la cama de un hospital, en medio de otra guerra, en otra cárcel. Aquí todo es agujeros, lapsos impalábricos, en especial cuando la ciudad se preña de muertos dentro de su vientre de cemento y varilla, y las cajuelas de las patrullas vomitan torturados y la multitud solidaria se desborda y le rompe la columna vertebral a los planes gubernamentales de emergencia... Se chingó la Francia. Cada semana, un vale por cinco hojas, y una mirada sobre el hombro, que finge entender cada palabra, que piensa que lo controla todo.

¿Y si no es para redactar manuales de explosivos, entonces por qué demonios se llama así el papel revolución? ¿Alguien lo sabe?

Tres

Carla Patricia Quintanar
Recetario didáctico para una vida sensata
Universidad Autónoma de Querétaro / Sindicato Único del Personal Académico de la UAQ, México, 2000.

¿Trabalenguas, instrucciones crípticas, recomendaciones sensatas, poema alfabético, principio y fin de la hecatombe cotidiana, deshágalo usted mismo, mecánica impopular, tratado alquímico, reglas de convivencia para los misántropos?, o lo que sea, este texto que caerá en sus manos, lector incauto, ofrece una mirada, una clave para interpretar el mundo. Las consecuencias que se deriven de su uso son responsabilidad sólo de usted.

Carla Patricia Quintanar, quien ganó el premio a fragmento de novela en el Concurso 32 convocado por *Punto de partida*, publicó este recetario, obra lúdica e inquietante que no respeta la división de los géneros. ❶

REVISTA PUNTO DE PARTIDA

33 CONCURSO DE LA

PREMIOS y MENCIONES

CRÓNICA
PREMIO

Crónica underground: un viajecito por el inconsciente del metro de la Ciudad de México
Autor: *Édgar Adrián Mora Bautista*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

Esperando a Marcos-Godot en el corazón de la República
Autor: *Guillermo Vega Zaragoza*
ENEP Aragón-UNAM

Una senda hacia Tizapán
Autor: *Ricardo García López*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: ***Ana Cecilia Lazcano, César Arístides***

CUENTO
PREMIO

El viaje
Autor: *Raúl Godínez*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

La caída de Adelmo
Autor: *Dán Ruiz Reyes*
Facultad de Psicología-UNAM

Una sombra sofisticada
Autor: *Miguel Ángel Landeros Bobadilla*
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

El cíclope
Autor: *José Rafael Mondragón Velázquez*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: ***Angelina Muñiz-Huberman, Jaime Erasto Cortés, Mauricio Molina***

CUENTO BREVE
PREMIO

La ley
Autor: *Édgar Omar Avilés Martínez*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM / SOGEM

MENCIONES

Agua teñida de rojo
Autor: *José Humberto Macedo Espinosa*
Departamento de Educación y Comunicación-UAM Xochimilco

Chapado a la antigua
Autor: *Édgar Adrián Mora Bautista*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: ***Armando Pereira, José Vicente Anaya***

ENSAYO
PREMIO

Crónica de un concepto olvidado: La idea de *resistencia* en el pensamiento latinoamericano
Autor: *Édgar Adrián Mora Bautista*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

Al este del Edén
Autor: *Román Domínguez Jiménez*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Remedio para el enfermo (estudio del humor del juglar)
Autor: *Ginés Octavio Cruz Díaz*
Centro Universitario de Teatro-UNAM

El kitsch y su vinculación con los arquetipos del bien y el mal en la lucha libre mexicana
Autor: *Fátima Maresa Castro Rodríguez*
Instituto Scifi

Frida Kahlo y el nacionalismo mexicano
Autor: *Luz de María Muñoz Corona*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: ***Marcela Palma, José Vicente Anaya***

ENSAYO SOBRE PROPUESTA UNIVERSITARIA

El premio fue declarado desierto

Jurado: ***Marcela Palma, José Vicente Anaya***

FOTOGRAFÍA
PREMIO

Sin título
Autor: *Claudia Sofía Benítez Duarte*
Facultad de Psicología-UNAM

MENCIONES

Dónde, quién, qué?
Autor: *Marisol López Lara*
Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Niños en el orfanatorio
Autor: *Karla Patricia Sáez de Nanclares Aguilar*
Centro Integral de Fotografía-Puebla

Sin título
Autor: *Claudia C. Hernández Ramírez*
ENEP Acatlán-UNAM

Jurado: ***Ximena Berecochea, Francisco Kochen***

FRAGMENTO DE NOVELA
PREMIO

Los años perdidos
Autor: *Catalina Esquivel Sandoval*
Facultad de Economía-UNAM

MENCIONES

Encaje celeste
Autor: *Héctor Fernando Vizcarra Gómez*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Las estrellas mueren de noche
Autor: *Léster Augusto Alfonso Díaz*
Instituto de Geología-UNAM

Jurado: ***José Gordon, Mauricio Molina***

POESÍA
PREMIO

Elshiry
Autor: *Édgar Roberto Mena López*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

Cosas con palabras
Autor: *Ernesto Priego*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Urdicarne (Fragmentos)
Autor: *Pavel Pérez Brito*
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Jurado: ***Vicente Quirarte, Eduardo Casar***

TEATRO
PREMIO

Huye de Z. Huye
Autor: *María Carolina Rivas Domínguez*
Centro Universitario de Estudios Cinematográficos-UNAM

Jurado: ***Anabel Rodrigo, Antonio Crestani***

TRADUCCIÓN

El premio fue declarado desierto

MENCIONES

El valor de la filosofía (Bertrand Russell)
Autor: *Eduardo García Ramírez*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Una rosa para Emily (William Faulkner)
Autor: *Cynthia Ochoa García*
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

La mirada baja (Tahar Ben Jelloun)
Autor: *Adriana Vázquez Delgadillo*
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Jurado: ***Mónica Mansour, Flora Botton, Romeo Tello***

VIÑETA
PREMIO

Alegorías
Autor: *Enrique Puebla Valencia*
Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Jurado: ***Carmen Gayón, Alfredo Rivera***

P